

PALABRAS

vida y memoria



BIBLORED

Red Capital de Bibliotecas Públicas

SECRETARÍA DE CULTURA, RECREACIÓN Y DEPORTE

© Alcaldía Mayor de Bogotá

© Secretaría Distrital de Cultura, Recreación y Deporte - Red Capital de Bibliotecas Públicas BiblioRed, 2015
Gustavo Francisco Petro Urrego
Alcalde Mayor de Bogotá, Distrito Capital

Clarisa Ruíz Correal
Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte

Yaneth Suárez Acero
Subsecretaría General y de Control Disciplinario

Jerónima Sandino Ceballos
Directora de Lectura y Bibliotecas

Ruth Helena Vallejo Sierra
Gerente BiblioRed

Tania Isabel Trespalacios Restrepo
Directora Operativa Nodo Carlos E. Restrepo

Luis Eduardo Ruíz Peña
Coordinador de Gestión Comunitaria

Brayan Briceño
Mercedes Díaz
Isabel Forero
Cecilia Ramírez
Concepción Mora
Dioselina Hernández
Alicia Carrillo
Jonathan Roa
Cristian Bernal
Daniela Rivera
Jairo Cano
Luisa Fernanda Hernández
Aura María Vanegas
Elodia Vanegas
Jorge Eliecer Pinzón
Daniel Eduardo Alvares
Gladys Amanda Rubiano
Camilo Ledesma
Judith Restrepo
Jader Esteban Deossa
Alejandra Guerrero
Viviana Ivonne Batista
Ana Yiseth Camargo
Julio Cesar Galán

Producción fotográfica

Carlos Arturo Molina
Carolina Martínez
Lisandro Navarro
Albert Becerra
Wilfer Castañeda
Edwar Javier Valencia
Andrés Hincapié
Jorge Eliecer Pinzón
Duván Castellanos
Mary Guerrero
Luis Adriano Prieto
Amanda Carrasco
María Alejandra Torres
Laura Gaona
Leidy Parrado
Tatiana Cruz
Carlos Latorre
Anyí Camacho
Jader Esteban Deossa
Judith Teresa Restrepo
Nicole Stephany Tique
Santiago Aldana
Sebastián Pinzón
Liliana Urbano
Luis Guillermo Díaz
Jean Carlos Sánchez
Geraldine Barrera
Samuel Durán
Tatiana Moreno
Felipe Leyva
Escritores

Jorge Aldana
Gladis Alonso Camino
Jorge Pinzón
Carmen Ávila
Clara Inés López
Miriam Aponte
Dora García
Ángela Cumbarita
Flor Estela Velandia
Zoila García
Cruzana Patiño
Salatiel Guevara
Luz Betty Montoya
Ana Morino
Rosa Sarmiento
Ana María Ramírez
Leticia Duarte
Isabel Urbegozo
Ana Efinia Matallana
María Elena Cabrera
Sagrario Cuevas
Harold Valverde
Marina Bernal

Ana Díaz
Mercedes Díaz
Cetina Hernández
Concepción Mora
María Pedreros
Helena Ordoñez
Concepción Bermúdez
Carlos Julio Rodríguez
Ana Isabel Forero
Imelda López
María Paulina Ceballos
María Aliria Purgaran
Guillermo Ruiz
María de Jesús Isabel
Cecilia Peña
María Inés Marín
María Dolores
Guillermo Ruiz
María Castro de Ruiz
Alicia Carrillo
María Pedreros
Narradores orales

Compilación de textos
Tania Isabel Trespalacios Restrepo
Directora Operativa Nodo Carlos E. Restrepo

Coordinadores y Promotores de Lectura y Escritura Nodo Carlos E. Restrepo:

Cristina Silva Rodríguez
Coordinadora Biblioteca Pública La Peña
Andrés Felipe Bedoya Ramírez
Coordinador Biblioteca Pública La Victoria
Uriel Alberto Ordoñez Silva
Coordinador Biblioteca Pública Puente Aranda

Mary Yohana Jamioy Velasco
Promotora de Culturas Escritas Biblioteca Pública La Peña

Elbert Prieto Guacari
Promotor de Culturas Escritas Biblioteca Pública la Victoria

Andrés Roldán Romero
Promotor de Culturas Escritas Biblioteca Pública Puente Aranda
Cecilia Hernández Pamplona
Promotora de Culturas Escritas Biblioteca Publica Carlos E. Restrepo

Daniel García León
Promotor de Culturas Escritas Biblioteca Publica Carlos E. Restrepo

Henry Gamboa Zerda
Promotor de Culturas Escritas Biblioteca Publica Carlos E. Restrepo

Revisión de textos:
Hernán Darío Bermúdez Ruíz
Jesús Delgado Argotty

Coordinación de diseño y diagramación:
Área de Comunicaciones y Prensa BiblioRed
Diseño, diagramación e ilustración: Gráficas Ducal
Carátula: Diego Iván Bohórquez
ISBN: 978-958-8877-58-7
Primera edición: Diciembre de 2015

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en sistema recuperable o transmitida, en ninguna forma o por ningún medio magnético, electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros, sin previo permiso escrito de los editores.
Prohibida la reproducción total o parcial de este material, sin autorización por escrito de la Secretaría de Cultura, Recreación y deporte - BiblioRed.

Contenido

Prólogo

Capítulo I

De la calle a las letras **15**

- 1.1. Carlos Arturo Molina Castaño 17
- 1.2. Carolina Martínez de A. 19
- 1.3. El abismo - Lisandro Navarro 21
- 1.4. Albert Becerra 23
- 1.5. El peregrino - Wilfer Castañeda 25
- 1.6. La cama vacía - Edwar Javier Valencia 27
- 1.7. Andrés Hincapié 28

Capítulo II

Historia, evocaciones y rebeldías **31**

- 2.1. ¿Para que una biblioteca en la Localidad Antonio Nariño? 33
- 2.2. Antorcha de los oprimidos - Duván Castellanos 36
- 2.3. Mis vecinos - Mary Guerrero 44
- 2.4. Efervescencias de mi vida - Luis Adriano Prieto 49
- 2.5. Un 31 de octubre - Amanda Carrasco 53
- 2.6. Aquella tarde - María Alejandra Torres Rodríguez 55
- 2.7. ¡Mi felicidad eres tú! - Laura Gaona 57
- 2.8. Kenshi - Leidy Parrado 62
- 2.9. Tatiana Cruz 63

Capítulo III

Remembranzas de mi barrio 67

- 3.1. Los Castañeda y el adobe - Carlos Latorre 69
- 3.2. ¡Boom! - Anyi Camacho 74
- 3.3. ¡Una grata sorpresa! - Jader Esteban Deossa Montoya 76
- 3.4. “Que perro más raro” - Judith Teresa Restrepo Valencia 79
- 3.5. Mi gran amiga y recuerdo - Nicole Stephany Tique Poveda 82
- 3.6. Un despertar de dolor - Santiago Aldana Valbuena 87
- 3.7. Un golpe a la vida - Sebastián Pinzón 90

Capítulo IV

Memoria, olvido y comienzo 93

- 4.1. Liliana Urbano 95
- 4.2. Luis Guillermo Díaz 97
- 4.3. Un suspiro de venganza – Seudónimo Fénix 99
- 4.4. Los días maravillosos - Geraldine Barrera 100
- 4.5. Todo es posible - Samuel Durán 102
- 4.6. El llanto de Lucia - Tatiana Moreno 103
- 4.7. Felipe Leyva 105

Agradecimientos

A los escritores, fotógrafos y narradores, por haberse atrevido a rasgar el velo de su propia historia y compartir un trozo de su intimidad en estos escritos, a veces con candidez y siempre con originalidad, a través de los cuales se rescatan aspectos y testimonios indispensables desde donde se contribuye a la construcción de la memoria de una determinada comunidad.

A la Secretaria de Cultura, Recreación y Deporte, la Gerencia de Biblio-Red, los Coordinadores de nivel central y al equipo directivo de las bibliotecas públicas del **Nodo Territorial Carlos E. Restrepo**, por confabularse y dar la batalla desde su labor administrativa, para que este libro fuese una realidad.

A las promotoras y promotores de las bibliotecas del Nodo, por impulsar la primera letra de los escritos que, sin temor reverencial ante la página en blanco, fueron elaborados por personas para quienes esta práctica no es habitual. De igual manera, porque posibilitaron las fuentes que llevaron a buen fin la producción fotográfica y de narración oral.

Al personal auxiliar y técnico; de aseo y de vigilancia de las bibliotecas del Nodo, por haber apoyado con la ambientación de los espacios, para que los talleres tuvieran los escenarios adecuados.

A los talleristas, porque fueron la fuente donde la inspiración se refrescó para expresar sus nostalgias, avatares, encuentros y desencuentros, a través de la escritura, la fotografía y la narración oral.

A todas y todos ellos, por su especial complicidad, que hizo posible tejer con **Palabras** unos trozos de **Vida**, que hoy se despliegan, llenos de colores inesperados y ante nuestras mentes asombradas, para permitirnos ver capítulos de esa novela en que se traduce a veces vivir en colectivo, y desde donde se construye también la **Memoria** de los barrios y las localidades.

Prólogo

*El hecho es que cada escritor crea a sus precursores. Su labor modifica nuestra labor del pasado como ha de modificar el futuro **

Borges

Desde el 1° de junio del año 2015, la Red Capital de Bibliotecas Públicas de Bogotá, BiblioRed, incorporó un enfoque territorial y participativo que ha garantizado que las acciones de las bibliotecas públicas se inserten en las dinámicas comunitarias, y la riqueza cultural y narrativa de sus poblaciones encuentre un lugar para su dignificación y visibilidad. Este enfoque territorial se hace funcional a partir de la constitución de los *Nodos Territoriales de Bibliotecas* conformados por criterios de proximidad, entre barrios o localidades.

Uno de estos nodos es el *Nodo Territorial Carlos E. Restrepo*, conformado por las bibliotecas públicas Puente Aranda, La Peña, La Victoria y El Restrepo, ubicadas en las localidades de Puente Aranda, Santafé, San Cristóbal y Antonio Nariño.

En este Nodo se planteó como enfoque programático el tema de *Territorio, Medio Ambiente y Memoria*, y como una de las estrategias territoriales para desarrollar, el programa de Memoria Local de la Red Capital de Bibliotecas Públicas y contribuir a la construcción y revitalización de ésta en las localidades, como un ejercicio de reconocimiento y participación de las comunidades en sus territorios vitales.

* Borges, Jorge Luis. (s.f.). Kafka y sus precursores. Recuperado de http://www.ellibrototal.com/ltotal/?t=1&d=2584_2706_1_1_2584

Para alcanzar este fin se propuso la publicación de un libro de crónicas en el que estuviesen plasmadas las memorias o la historia de algún hecho, suceso o acontecimiento que involucrara el barrio o la localidad. Cabe aclarar que la publicación no solo se remite a textos escritos, sino además, en tanto la crónica se visionó, por igual, desde la fotografía y la narración oral como lenguajes que también registran y relatan las huellas dejadas en el tiempo.

El siguiente paso fue hacer una convocatoria abierta a los usuarios, instituciones y entidades de los sectores educativo, cultural y social para que asistieran a los talleres programados, desde donde se brindarían unas bases específicas sobre cómo elaborar una crónica, qué ángulos considerar para la toma de fotografías y cómo realizar una narración oral, todo esto amparado por el debido seguimiento y las asesorías necesarias para su creación.

Así que entre los meses de agosto, septiembre y octubre se realizaron los talleres de escritura, fotografía y narración oral, con una periodicidad semanal y una duración de dos horas por sesión. Se trabajó con grupos heterogéneos de usuarios de las cuatro bibliotecas del Nodo; el Centro Hogar Orientar Oscar Javier Molina, de Puente Aranda — que ayuda en la recuperación de los habitantes de la calle —; el Instituto para la Protección de la Niñez y la Juventud, (Idipron), de El Restrepo — que trabaja con jóvenes con problemas de comportamiento —; el Colegio Benposta Nación de Muchachos, del barrio La Peña — que apoya a jóvenes víctimas del conflicto y el maltrato —, y el Colegio Príncipe de Paz, del barrio La Victoria, lo que repercutió en unos textos escritos, visuales y orales que conmueven por su vitalidad.

Los talleres consideraron como principio inicial la utilización de estos tres tipos de lenguaje como vehículos de expresión, sin dejar de lado su matiz estético, para generar acciones encaminadas a la creatividad y permitir que se diera rienda suelta a los asistentes, con el fin de que pudieran jugar con los pensamientos, las percepciones, las emociones y las sensaciones recreadas, y pusieran de manifiesto las realidades, ficciones, azares y escenas que giraron alrededor de un determinado hecho, suceso o acontecimiento.

Desde esta óptica, la escritura, la imagen y la oralidad tomaron fuerza en los talleres, pues se proyectaron como una oportunidad de interrelacionar el sentir y el hacer para construir mundos y personajes que buscaban recrear la realidad, para algunos dramática, a través de *reflejos en un espejo* distinto, en el que se pudo *ser lo que se quiso*.

Se pasó, por tanto, del matiz estético al matiz humano a través de lo expresado, puesto que quienes escribieron, fotografiaron y narraron, pudieron visualizar desde nuevos ángulos sus problemáticas. Transformaron en algo sus probables mundos aturcidos, en oportunidades enriquecedoras para el ser. Y se regresó al matiz estético cuando los asistentes a los talleres manifestaron haber expresado o registrado, bien o mal, lo que quisieron.

Así entonces, la crónica, como lo plantea Borges, permitió a sus creadores ser precursores de sí mismos, puesto que no solo se tradujo en un estímulo para la creación literaria, de la imagen y de la narración oral, sino que, de manera implícita, contribuyó con la construcción del ser de los asistentes con base en sus propias experiencias. Esto es, se trató de que por medio de la crónica pudieran asimilar la experiencia de lo vivido y se proyectaran desde un marco de mejores posibilidades, más allá de las escenas del pasado.

Y, aunque, a la escritura, específicamente, no se trató ni se trata de otorgarle un rol de salvadora de... o un carácter mesiánico sin razón, de acuerdo con lo sucedido en la realización de ese taller en cada biblioteca del Nodo, se pudo evidenciar que para algunos de los escritores el ejercicio fue una verdadera catarsis, puesto que les sirvió de canal expresivo para asimilar las experiencias relacionadas con acontecimientos o sucesos traumáticos.

En este orden de ideas, en el caso de la Biblioteca Pública de Puente Aranda Néstor Forero Alcalá, la escritura, la fotografía y la narración oral sirvieron de pretexto para plasmar en ellas los rastros dejados en el tiempo. La expresión de estos lenguajes evidenció algún grado de liberación, un deseo por combatir las barreras humanas desde interpretaciones propias del vivir. De ahí que los talleres permitieron también un reencuentro con el ser ignorado, omitido y casi siempre inesperado, que buscaba manifestarse de otro modo.

En cuanto a la Biblioteca Pública El Restrepo, de la Localidad Antonio Nariño, se puede decir que estos lenguajes sirvieron de puente para recrear historias de barrio, de juventud, de amor, de rebeldía o muerte. Son escritos *tatuados en la piel del recuerdo*.

En la Biblioteca Pública La Victoria, de la Localidad de San Cristóbal, los lenguajes giraron alrededor de la remembranza sobre hechos que impactaron el imaginario colectivo. Traen a colación textos, imágenes y narraciones orales enmarcadas dentro la añoranza.

Por último, en la Biblioteca Pública La Peña, ubicada en la Localidad de Santa Fe, los talleres posibilitaron la expresión de la *voz estética* a través de lenguajes que desnudaron el ahogo personal. Como producto de ello surgieron textos y registros “adornados” con escenarios y escenas, que bien podrían acompañarse de las lágrimas al momento de acercarse a ellos.

Así que en este tránsito de lo estético a lo humano, y viceversa, los talleres supieron conjugar las palabras, las imágenes y las voces de la remembranza a través de espacios donde se irrumpió lo generacional — sin dejar alguno de sabiduría por parte de los adultos o por la posible ingenuidad de los jóvenes — para registrar los recuerdos y la historia mediante lenguajes utilizados como puentes de su nostalgia.

Es de entender que, en tanto se trabajó en las bibliotecas públicas del Nodo, con un público heterogéneo que no tenía o tiene un bagaje en la creación de lenguajes escritos, fotográficos o de narración oral, no se puede remitir a ellos desde condicionamientos formales y técnicos de estilo, redacción, ortografía; de enfoques y ángulos perfectos o de registros de voces afinadas, puesto que desde un principio se consideró que debían conservar la esencia y el sentido de lo que se quiso expresar. Se trató, por ende, de compilar expresiones con su mayor grado de naturalidad y espontaneidad, y por esto se evitó incidir en ellos.

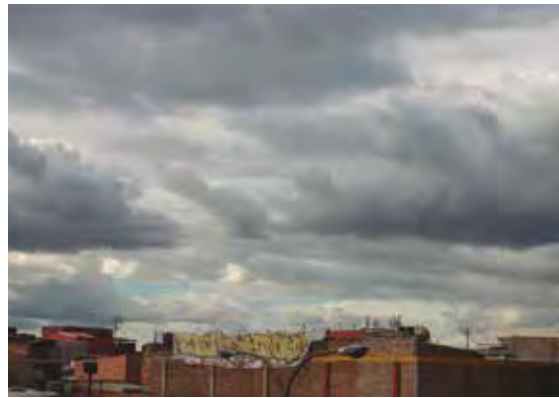
Para finalizar, y como un asunto que se le debe resaltar al **Nodo Territorial Carlos E. Restrepo**, en cuanto a la estrategia asumida, está el hecho de haber acertado en el ámbito literario con esta propuesta, ya que en 2015 se ha entregado, por primera vez, el Premio Nobel de Literatura a la crónica, representada magistralmente por la bielorrusa Svetlana

Alexievich, con lo cual se consagra, sin cuestionamientos ni reservas, este tipo de texto como género literario y deja de ser visto como literatura menor o periodismo efímero.

Directora Nodo Territorial Carlos E. Restrepo
Coordinadoras y coordinadores de las Bibliotecas Públicas del Nodo
Promotoras y promotores de lectura de las Bibliotecas Públicas del Nodo

Capítulo I

De la calle a las letras





Por

Carlos Arturo Molina Castaño

(Centro Hogar Orientar Oscar Javier Molina. B. P. Puente Aranda)

Siendo la una y cincuenta y cinco de la mañana del verano de 1956, nació un niño en el seno de una familia de clase media cuyos padres, luego de haber llegado al Tolima Grande, tras huir de sus tierras para escapar de las matanzas y de otras atrocidades de la llamada *Violencia*, y cuyo hecho negativo en la historia del país fue el asesinato de uno de los líderes políticos más importantes, decidieron radicarse en Bogotá, no sin antes advertir que durante esa “época de invierno”, también las revueltas y masacres conmovían a todos los habitantes capitalinos por igual.

Conformaban la familia su madre Edelmira Castaño y sus hermanos Marleny, Yolanda, Isabel, Marisol y Elmo; su padre, Agustín Molina, y su único vástago, Carlos, aquel niño inquieto, introvertido y poco entregado al cariño que sus padres le brindaban, fue creciendo y criado con mano dura, a la usanza de aquella época. Sus hábitos y la forma como se desarrolló en su vida, marcó sencillamente el destino bárbaro que le esperaba pocos años después.

Sus padres cuidaban con esmero a su retoño y a una pequeña hermana, sin percatarse de cómo carambas conseguirían el diario de la familia para sobrevivir.

Sin embargo, y a pesar de la dura situación nacional, producto de aquel gobierno dictatorial del momento — como fue el del ingeniero militar Gustavo Rojas Pinilla, y donde la política estaba acentuada por los dos partidos tradicionales, causantes de un desenlace que desplazó a miles de familias por todo el país — el padre del niño, un hombre honrado, trabajador y entregado a su familia, supo sortear estos difíciles momentos trabajando como obrero en una fábrica de cueros, que le permitía llevar su sustento familiar.

A comienzos de los años setenta, aquel niño inquieto fue matriculado en un colegio militar, donde la instrucción impartida chocó con su temperamento y forma de ser — ¡caramba, detestaba la milicia!—. Huía de los gritos dictatoriales de mayores, coroneles, capitanes, tenientes y cabos,

a tal punto que cuando llegaban los “Servicios Especiales”, junto a otros cadetes, se volaban subiendo por los tubos de agua que salían de dos tanques donde reposaba el líquido.

Al día siguiente, sus castigos por tal hecho no daban espera. Era el primero en la *lista negra* cuando pasaban revista, puesto que disputaba inocentemente con su *parce* Atehortúa Pote (“Calabazo”).

Como si fuera poco, los fines de semana le llegaban a sus superiores noticias de la calle, notificándoles que aquellos *angelitos* se gozaban la *guisadera* del barrio Miranda. Allí empezó el ahora joven a dar sus primeros pasos en el campo del idilio, coqueteo y amorío con aquellas diligentes y receptivas muchachas, que poco a poco caían por los encantos de aquellos chicos bien presentados: chacó, camisa color caqui, bien almidonada, jinetas, uniformes y botas bien lustradas a la americana. Eran tales sus aventuras, que en varias ocasiones fueron invitados a seguir al lugar donde ellas trabajan — aunque esto lo hacían cuando sus patrones no se encontraban — y les ofrecían jugos, bizcochos y atenciones que solo eran dignas de príncipes, reyes o personajes importantes.

Estudiante de poca talla, pero singular representante de las trifulcas y revueltas, anarquista y efímero peleador de la calle, este chico poco a poco se fue destacando en su entorno cercano, aunque esto de nada le sirvió para evitar que sus padres lo matriculasen en un colegio donde el orden, la disciplina y la virtud por la moral y el servicio a la patria, primaban.

En tan solo un año y medio su matrícula y estadía en el claustro pasó a ser condicional. Sus padres, al saber esto del chiquillo, entraron en pavor al presentir que serían pocos los días que este personaje estaría en el colegio. Lo que efectivamente sucedió.

Fueron pasando los años y su conducta empeoró radicalmente, hasta el punto de que malas noticias no se hicieron esperar ante su familia. Alguien lo había visto frecuentando el *Cartucho*, en el centro de Bogotá. Un sitio malévolo para las personas de bien, lleno de drogadictos, alcohólicos, vendedores de droga de todo tipo, ladrones, vendedores de armas, trata de blancas, y antisociales de bajo y alto calibre.

Su vida transcurrió como la de cualquier habitante de calle. Horas, días, meses y años, siempre con la misma finalidad: reciclaje, consumo de bazuco y otras sustancias, robo, retaque, etc., para sobrellevar su sobrevivencia y dar rienda suelta a ese estilo de vida.

Quería salir de aquel submundo, pero no podía a pesar de que sus padres y hermanos le pagaban estadía por meses en casas de cambio, reformatorios, sitios cristianos y hasta en lugares de hermanas de la caridad católica, pero jamás logró levantarse.

Ya entrado en años, estando solo, casi sin familia, sin amigos y lleno de tristeza, de desesperanza por la vida, un día cualquiera alguien lo sacó de un nauseabundo sitio. Estaba irreconocible, con un aspecto cadavérico severo y casi loco por el destino que él mismo escogió.

Agobiado y enfermo por el consumo, llegó a *Vida Libre* y empezó una atroz batalla por su recuperación mental, física, familiar y social, y en cuestión de pocos meses ha estado logrando lo imposible: ¡volver a ser una persona normal y servible a la sociedad! Con deseos de nacer nuevamente, de trabajar y servir de ejemplo a sus sobrinos, a quienes tanto quiere, y de todos aquellos que anhelaban ver en él, la persona que salió del “infierno” para llegar al “cielo” con nuevas esperanzas, continuar una vida normal como cualquier ser digno de vivir en un mundo donde cada día es más difícil luchar, y ser consciente de que en la tierra solo los fuertes de espíritu y corazón comprendan lo siguiente: ¡Si yo cambiara, el mundo cambiaría!

Por

Carolina Martínez de A.

(Centro Hogar Orientar Oscar Javier Molina. B. P. Puente Aranda)

En 1967, en un barrio llamado Muzú, vivía una niña de diez años de edad, quien encontró en el colegio el sueño de su vida: ¡ser una muy buena gimnasta olímpica! Esto se lo puso como reto...

¡Seré como Nadia Comaneci! — se decía para sus adentros.

Pero, para su sorpresa, en la calle donde se ubicaba la casa en la que vivía con su familia, se pasó a residir una familia conformada por dos hermanos y dos hermanas; ella conoció primero al menor de los hermanos, un día que estaba jugando con un globo azul y el chico se lo trajo luego de que se había enredado en una de las matas del jardín cercano a su casa. Y así fue como se hicieron amigos los dos niños.

Días después el niño fue a la casa de ella a preguntarla; la mamá abrió la puerta y, amablemente, lo invitó a seguir; al instante llamó a su hija para que atendiera la visita del amiguito. Conversaron, jugaron un rato en el patio y así siguió una bonita amistad, hasta el día en que la niña conoció al hermano mayor, con quien hubo una gran empatía y afinidad.

Pasaron los años y por el aprecio que la mamá de la niña había tomado a los hermanos, madre, esposa y hermanas de esta descomplicada familia barranquillera, los invitó al cumpleaños 15 de su hija, y allí fue cuando el hermano mayor, al entregarle el regalo a la joven, se le declaró preguntándole si quería ser su novia, dándole luego un beso.

Después de cuatro años de un noviazgo como cualquier otro, la chica se dio cuenta que su novio era un tanto celoso, porque le había pedido a su mamá que no la dejara ir a las clases de gimnasia olímpica que tanto le interesaban, debido a que el profesor en algún momento podría sobrepasarse en las clases con sus alumnos. Pero ocurrió que el hermano menor, quien tenía doce años, tres años menos que ella, le dijo a la mamá que la acompañaría a los entrenamientos, y así ella logró asistir a las competencias, ganar medallas de oro, plata, bronce y otros reconocimientos con la Liga de Bogotá, pero solo hasta los dieciocho años.

El querer ir a las Olimpiadas de Cali llevó a que su carrera deportiva se frustrara. Por haber tomado la decisión de enamorarse y casarse con el novio que conoció a los quince años, él, ahora su esposo, no se lo permitió. Pero si ella no hubiese hecho caso al corazón y en cambio hubiera utilizado la razón, sus sueños se hubieran hecho realidad al lado del hermano menor de su esposo, quien, cuando tenía catorce años, le había manifes-

tado sus sentimientos, pero ella lo rechazó, rompiendo así los sueños de los dos.

¡Mi opinión es que hay que darle paso a la razón antes que al corazón!

Pero igual, la señora que hoy ves a los cincuenta y ocho años y que te da este escrito, que no es más que su vida, un tanto resumida. Después de haber tenido una hija y tres nietos, y haber perdido a su mamá, motivo por el cual se sumió en el trago y en una gran depresión, espera que este escrito pueda servir de evidencia sobre esta historia que empecé narrar desde aquel 29 de septiembre de 2015.

Pero, a pesar de lo vivido, ¡soy inmensamente feliz! Y doy gracias a quienes me han estado apoyando para que yo salga adelante. A todos los profesionales que nos ayudan a quienes queremos salir de este mal momento, ¡gracias a Dios! y a ellos, lo lograremos.

¡Por favor, no nos olviden, porque creo que este trabajo en pro de lo humano jamás se termina!

El abismo

Por

Lisandro Navarro

(Centro Hogar Orientar Oscar Javier Molina. B. P. Puente Aranda)

A mediados de la década de los noventa, en un pueblo de nuestro país llamado Ocaña, un joven terminaba sus estudios secundarios, acababa de cumplir sus dieciocho años y estaba lleno de sueños e ilusiones. Dentro de sus planes estaba viajar a la capital y buscar la forma de trabajar y formarse como profesional. Pero estos no le salieron como esperaba.

Al llegar a la capital se alojó donde unos primos, de origen campesino, que ya tenían varios años de estar en la ciudad, después de haber perdido a sus padres en forma trágica, lo que preferían omitir y no contar.

Estaba deslumbrado ante la inmensidad y majestuosidad de la ciudad, se sentía feliz, pues creía que era el lugar adecuado para realizar todo lo que había soñado y planificado durante su bachillerato. Quería trabajar y costear sus estudios superiores por sus propios medios.

En su mente todo se veía y se sentía de maravilla, pero su realidad era otra, sus primos, lo primero que le dijeron cuando expuso su idea de lo que venía buscando a la capital fue:

— ¿Qué le pasa, para qué estudiar?, si la gente que más dinero tiene en nuestro país no ha estudiado. ¡Lo que usted debe aprender es a robar para que viva como nosotros! ¡Buenas pintas, buenas niñas, buen sitio en donde vivir, buen carro, etc.!

Este joven, totalmente desorientado, optó por creerles. Con lo que no contaba era que esto que le habían pintado y le querían hacer creer, era la más grande mentira y falsa ilusión, pues la realidad era otra, porque llevaban una vida de zozobra y de angustia, sintiéndose a toda hora perseguidos.

Inocente, el joven cambió todos sus planes, se olvidó de que quería estudiar y ser alguien, y se fue por el camino de la mentira, el dinero fácil y este oscuro mundo en el cual estaba entrando sin saberlo. En pocos meses aprendió lo que le querían enseñar, empezó a manejar el dinero fácil sin esfuerzo, dejando atrás las enseñanzas de su madre y su hogar, que eran las correctas. ¡Si uno quería algo tenía que esforzarse y sacrificarse hasta conseguirlo!

Poco a poco iba cayendo al fondo de ese abismo que sin darse cuenta él mismo estaba cavando. Por su cabeza no volvieron a pasar pensamientos de superación, pues la vida que estaba llevando le parecía fabulosa, no le faltaba el dinero, comía y vestía bien. Aparentemente, andaba muy bien. De lo que no se daba cuenta era que aquello solo llevaba a paraísos artificiales creados a partir de su adicción a las drogas, al hurto y la mentira.

No tenía el año de haberse metido a este oscuro mundo, cuando uno de sus tres primos fue asesinado. Terminó su vida colgando en una cerca de alambre con dos tiros en su cabeza. Ante esa situación vino a su cabeza la

idea de salir del oscuro mundo, pero le era muy difícil, ya este era como haber caído en un pozo de arena movediza, entre más se esfuerza por salir, más se hunde. Al volver a su casa materna sintió el rechazo de su familia, pues ya estaban enterados de la vida que había estado llevando en la gran capital, a partir de un comportamiento que no era lo más parecido al que llevaban usualmente los jóvenes del pueblo. Trató de adaptarse al medio, pero ante el rechazo, optó por volver a la ciudad. Con lo que no contaba era que ya no tenía dónde llegar, así que se dijo:

¡Mi casa será donde me coja la noche!, y efectivamente...

Por

Albert Becerra

(Centro Hogar Orientar Oscar Javier Molina. B. P. Puente Aranda)

Era de madrugada y el frío era intenso. En la esquina del barrio La Palmera, sobre la Avenida Caracas en Bogotá, se encontraba un hombre adulto de buena presencia, a pesar de lo que mostraba su rostro: mejillas rojas debido al frío de esta ciudad situada a 2.600 metros más cerca de las estrellas.

Aquel hombre lucía un aspecto deteriorado, parecía trasnochado y estaba un poco desaliñado. Parecía estar perdido en esta *selva de cemento* sin saber a dónde ir, entre carros, buses, busetas, camiones y el colosal Transmilenio. Todo un concierto de ruidos que aparecen cuando la ciudad despierta del letargo nocturno.

Aquel hombre padecía, además, de un hambre tan desesperante y voraz, que se asemejaba a un león listo para comerse un búfalo, solo para él. Miró al frente de la avenida y observó un tipo caminando que era conocido en el barrio como “El Crespo”. Un hombre alto y un poco acuerpado. Todavía tenía la figura de un militar. Usaba un fiyá camuflado.

— Crespo — gritó Beto.

Al instante Crespo giró su cabeza.

— ¿Y entonces qué, Beto? ¿Va a comer y dormir también?

— ¿A comer? ¿A dónde? ¿Y a estas horas? ¡Toca es romperlo!, pero con este cansancio y hambre no me arriesgo, más bien voy a retacar.

Crespo, mirándolo con risa, le dijo:

— Acompáñeme, ¡que todo bien!, ¡comeremos y descansaremos!

— ¡Va pa' esa Crespo! —le respondió Beto.

Al llegar al sitio, había una fila de habitantes de la calle frente a una pared blanca. Sus cuerpos, de aspecto cadavérico, reflejaban inminente hambre y sueño.

— ¡Aquí es, Beto! — le dijo con voz entusiasta.

De repente, se abrió una puerta blanca metálica y la exaltación de los pobres *humanoides* en la fila no se hizo esperar.

“¡Puerta...!”, y luego se oyeron gritos de “¡tenemos hambre!”.

Un joven alto, bien presentado, con un uniforme negro y el logo de Bogotá Humana, expresó: “¡Sigán muchachos!”. La fila entró con euforia a un patio pequeño. Adentro había más personas con uniforme negro y otros con uniforme blanco, todos con el mismo logotipo de Bogotá Humana.

La alegría de trescientas personas por poder bañarse, dormir tranquilas en un colchón y cobijas limpias. Ver rostros de personas humanas y dispuestas a colaborarles. Comer comidas bien aseadas y preparadas, es una labor que hay que agradecer, al hogar y a Bogotá Humana, que en relación con su nombre, ¡hacen una labor humana!

El peregrino

Por
Wilfer Castañeda

(Centro Hogar Orientar Oscar Javier Molina. B. P. Puente Aranda)

En 1987 nacieron dos hermanos al interior de una familia de cinco hijos, dos de ellos mellizos. Vivían en una casa muy humilde.

Los mellizos, como era común en esa época, eran llevados a la *guardería*.

¡En ese tiempo había mucha guerra!

También existía un lugar que nadie, pero casi nadie se atrevía a visitar. Por una parte, por lo lejos que quedaba, y por otra parte, porque, la verdad, lo consideran como un cementerio, con muy mala fama.

Aquel día, cuando los dos niños tenían 8 años, su madre les estaba dando la sopa y apareció su hermana mayor gritando:

“¡Mamá, se llevaron la niña!”.

Esta, muy impactada, soltó el plato y toda la sopa se regó, mientras los mellizos miraban asustados sin comprender lo que pasaba.

Cuando la mamá reaccionó fueron a ese *famoso* lugar oscuro, ella, los hermanos y otros vecinos curiosos que se dieron cuenta de lo sucedido. Todos acompañados por unos soldados. Luego de un rato, alguien la encontró:

“¡La niña está muerta!”.

Eso desgarró a esa familia y fue un hecho que repercutió sustancialmente en otro hecho lamentable.

Pasó el tiempo y uno de los mellizos pudo salir adelante como pudo, se casó y tiene su propia familia. Él está bien.

El otro fue creciendo sin poder borrar de su memoria aquel fatal suceso de su hermanita y tomó unas decisiones erradas para su vida.

Llegó el momento en que sus hermanos casi no se preocupaban por él y su familia estaba casi desintegrada.

Todo esto y una mala decisión, llevó a este joven al mundo de la drogadicción, un mundo muy oscuro y frío, que lo sumergió en un fondo terrible. Había perdido hasta su amor propio.

Perdido casi el total apoyo de su familia, se pasaba solo sobreviviendo por la dosis, viviendo en las calles de una ciudad tan compleja y desordenada, pero también elegante como es Bogotá. Huyendo de sí mismo sin poder lograrlo y cargando con el peso de su pasado. Un pasado que lo ha estado marchitando en esta gran ciudad, donde más que sobrevivir, ha aprendido a valorar todo.

Ahora se encuentra en medio de un mundo cruel y de una jauría de leones que solo piensa en su camada, tratando de seguir sobreviviendo a las duras situaciones, en las cuales siempre ha tenido presente a Dios.

En algún momento se vino a su cabeza el recuerdo de cuando llegó a Bogotá — donde la intolerancia prevalece — y fue testigo de una pelea entre un taxista y un hombre de una moto, quienes estaban agarrados casi para arrancarse la piel, ¡fue algo brutal! Era la misma intolerancia que en ocasiones sufría en las calles.

Pasó el tiempo y este personaje se logró incluir en un programa de ayuda para personas vulnerables, donde también supo que había muchos leones. Sin embargo, con el paso de los días, a pesar de algún terror, se fue familiarizando con el entorno y fue aprendiendo de todo.

¡Aquí hay personas buenas y malas!

Y así decidió seguir viviendo, lejos de los suyos. Solo espera que todo este ciclo le pueda enseñar algo para enfrentar ese incierto futuro que él mismo se ha forjado con su comportamiento. ¡Ahora está listo para vivir solitario! ¡Aprendiendo de la mejor escuela!... ¡La calle!

La cama vacía

Por

Edwar Javier Valencia

(Centro Hogar Orientar Oscar Javier Molina. B. P. Puente Aranda)

Mi nombre es Edwar Javier Valencia. Yo vivía con mi padre y mis tres hermanos. Uno mayor, otro menor y el que me sigue a mí.

El hecho que voy a contar sucedió hace, aproximadamente, unos diez años en un municipio llamado Sibaté, en Cundinamarca. Antes de llegar a este municipio había conocido a una muchacha en Bogotá, quien, tiempo después, se convertiría en la mamá de mi hija. Por cosas de la vida consiguió otra persona y me dejó solo con mi hija, pero ¡gracias a Dios!, tenía a mi madre, mi padre y hermanos, quienes me ayudaron a superar este *karma*.

El menor de mis hermanos era el único que no trabajaba; yo, en cambio, trabajaba sin descanso. Mi hermano mayor me había comentado que mi padre se quejaba mucho por las noches, algo que era preocupante. Él, una gran persona, había nacido en el municipio de La Ceja, Antioquia. Como buen paisa, fue tomador de aguardiente y fumador. Durante su juventud nunca asistió a un médico. ¡Y tarde fue cuando reaccionamos, tanto mi padre como sus hijos!, pues los dolores que sentía eran producto de un cáncer incurable que lo llevó a la tumba.

La mamá de mi hija, al ver la situación regresó conmigo, pero nunca fue lo mismo, porque nuestro hogar se había destruido por completo.

En medio de todo esto le doy gracias a Dios por mantenerme cuerdo y no cometer una locura, y, por supuesto, con muchas ganas de borrar el pasado y salir adelante para comenzar una nueva vida.

Por
Andrés Hincapié

(Centro Hogar Orientar Oscar Javier Molina. B. P. Puente Aranda)

Esto sucedió en esa tarde lluviosa del mes de octubre de 2009. Manuel y su hermano Juan, dos jóvenes un poco desordenados, aunque más Juan, a quien no le gustaba nada, solo se la pasaban haciendo el mal, mientras su madre cumplía con sus labores diarias.

En la noche Manuel llegó a casa un poco temprano con ganas de descansar. Su madre le preguntó: “Manuel, ¿dónde está tu hermano Juan? Él le respondió: “¡No sé!”.

En el transcurso de esa noche la madre no durmió, preocupada por Juan, su hijo menor.

Al día siguiente Manuel salió de nuevo a la calle cuando, de pronto, casi choca con su hermano Juan. Lo miró y le preguntó:

— Hermano, ¿dónde estabas?

Juan le respondió:

— ¡Por ahí...!

— Mi madre está muy preocupada — le dijo Manuel.

Pasado el día Manuel llegó a casa. La madre, muy angustiada le preguntó:

— Manuel, y tu hermano, ¿dónde está?

Él le respondió:

— ¡No sé, mamá!

Esa noche la madre no pudo dormir. Soñó con una gran alborada. Había mucho ruido.

En la madrugada de ese 10 de octubre alguien extraño tocó la puerta; mi madre abrió y esa persona le preguntó

—Señora, ¿usted es la madre de Juan Andrés?

Ella, con voz quebrantada, respondió:

— ¡Sí, soy yo!

El extraño tomó aire, respiró profundo y dio aquella noticia que no esperábamos, pero que mi madre había presentido:

— ¡Acaban de dispararle a Juan en la calle de la 46!

Mi madre, desesperada, lo creía. Salimos corriendo y al llegar al lugar vimos una multitud. Cuando miramos al piso, ¡vaya sorpresa me fui a dar...!

Capítulo II

Historia, evocaciones y rebeldías





¿Para qué **una biblioteca en la Localidad Antonio Nariño?**

(Biblioteca Pública El Restrepo)

Esa fue la pregunta que se hizo el comité de educación en el año de 1992, al enterarse de que la biblioteca que estaba en la localidad, propiedad del Banco Central Hipotecario, iba a ser retirada y fusionada con la biblioteca central del banco ubicada en el centro de Bogotá, más exactamente en el sector del Parque Santander, donde el banco tenía sus oficinas principales a escala nacional.

El suscrito, al enterarse de que nos íbamos a quedar sin biblioteca, inició una campaña a nivel de la alcaldía, con la Junta Administradora Local, el Comité de Cultura Local y el Comité de Educación de la localidad. Me di cuenta que nadie se interesaba por el tema. Un día, el alcalde local, Alirio Muñoz, me llamó para decirme que mis reclamos no tenían sentido, ya que si el banco era el dueño de la biblioteca, podía disponer y tomar las decisiones que considerara pertinentes y que, como comunidad, no podíamos hacer nada.

La pregunta mía como usuario de la biblioteca fue: “Entonces, ¿nos quedamos sin el servicio y no hacemos nada? El alcalde me dijo que hiciera una propuesta concreta y que si la veía viable la apoyaba.

A los tres días siguientes le dije al alcalde que ya tenía una propuesta y que solo necesitaba dos policías bachilleres por el término de un mes — en esa época se inició el préstamo del servicio militar en la Policía Nacional, de acuerdo con la nueva Constitución —. Vino la pregunta de: ¿y para qué necesita los dos policías? Le mostré una carta que había hecho, en la cual denunciaba el caso y requería el apoyo de la comunidad. La tarea era reunir mil firmas diarias durante treinta días para un total de treinta mil firmas. El alcalde accedió a la petición y me asignó los dos policías bachilleres, con ciertos compromisos que debía cumplir, como el de informar diariamente lo que se había hecho. Al final del mes se habían recogido aproximadamente veintisiete mil firmas.

Corría el mes de marzo de 1992 cuando tenía listo el documento; pedí una cita previa por teléfono con el doctor Montalvo, presidente del banco a escala nacional. La respuesta por parte de la secretaria fue que me podían agendar para el mes de octubre, condicionado a que el funcionario tuviera tiempo de atenderme; mi respuesta fue tajante: “Voy a citar a un mitin frente a la biblioteca, para denunciar el caso”. La funcionaria me pidió que le explicara lo que estaba sucediendo y coincidió conmigo — ella vivía también en la localidad — y me dijo que esperara unos días, que agendaría, pero que siguiera en la lucha para que no se llevaran la biblioteca.

A los ocho días me llamó y me dijo que estábamos agendados con el presidente para el siguiente mes. Con esa información, el alcalde Alirio Muñoz se puso en la tarea de invitar a toda la Junta Administradora Local; a los ediles Adela Dimas, Montilla y Orlando Parada, entre otros; al personero de la localidad y a su asistente administrativo. La idea era radicar la carta personalmente con el presidente del banco y pedirle explicaciones sobre esa decisión. El día de la reunión llegamos todos muy puntuales a su oficina, donde nos invitaron a una sala para la reunión.

El señor alcalde pidió que yo hiciera la presentación del caso y que él me iba a presentar como edil de la localidad. Al ingresar el doctor Montalvo hicimos la presentación de los asistentes y el motivo de la reunión. Al tomar la palabra, hablé sobre la importancia social que tenía la biblioteca para la comunidad y cómo se beneficiaba el banco con ese servicio, al poder los padres de familia dejar a sus hijos en la biblioteca, mientras ellos realizaban sus gestiones bancarias. Terminé la charla con la lectura del documento y anuncié que lo radicaríamos en la presidencia del banco.

Al ver la cantidad de firmas, el presidente se enojó porque pensó que íbamos a hacer una negociación directa y se salió de la reunión. Yo seguí con mi tema de hacer el mitin frente al banco, apoyado por la Junta Administradora Local y la personería local. A los ocho días recibí una nueva llamada de la presidencia del banco, en la cual nos citaban a una nueva reunión. Fuimos otra vez y al salir a la reunión el doctor Montalvo nos dijo:

“Esta reunión la he convocado y aspiro que solo dure quince minutos. El banco ha decidido entregar a la comunidad la biblioteca y en cinco minu-

tos ustedes me dirán qué proponen para administrarla”.

La propuesta nos tomó por sorpresa y se acordó que la alcaldía asumiría la administración de la misma. Después de la entrega formal y la firma del inventario, se nombraron los funcionarios que se encargarían de orientarla y el banco se comprometió a prestarnos el espacio por esos seis meses, en el horario habitual.

El doctor Alirio nombró en la administración a tres personas que no tenían ni idea de bibliotecas, a lo que me opuse con vehemencia. Le dije que esa biblioteca la podía manejar la Unad; se le hizo la propuesta y no aceptó. Se hizo gestión ante la Biblioteca del Concejo de Bogotá y tampoco se llegó a un acuerdo. A los pocos días me enteré que existía el Simbid, Sistema Metropolitano de Bibliotecas de Bogotá. Fui a sus oficinas y hablé con la directora, Marta Murillo, y le dije que tenía una biblioteca de 18.000 volúmenes para que ellos la administraran, pero que se requería hacer un convenio con la Alcaldía Local Antonio Nariño.

La señora fue clara en decir que no me creía, pero me citó al día siguiente, mientras ella hablaba con el alcalde local para llegar a un acuerdo. Al otro día nos presentamos con el alcalde doctor Alirio Muñoz, quien le reiteró lo que yo le había comunicado. La directora envió al día siguiente a dos funcionarios, a los cuales se les entregó la biblioteca con inventarios y, posteriormente, se reabrió al público.

En los seis meses siguientes la Junta Administradora Local asignó un presupuesto de doscientos millones de pesos para la compra de un terreno, para la biblioteca. Se hicieron las gestiones con diferentes personas de la localidad y se estableció un convenio con la Secretaría de Educación de Bogotá, en el cual ella cedía los terrenos de la Escuela La Biblioteca, espacio donde hoy se encuentra la Biblioteca Pública Carlos E. Restrepo. La alcaldía local hizo el diseño y llevó a cabo la construcción de la biblioteca, que sería administrada por Simbid.

Transcurridos los seis meses de plazo dados por el banco, este solicitó el espacio y se hicieron las gestiones para trasladar la biblioteca a otro local. El presidente de la Acción Comunal del barrio Restrepo, Álvaro Amaris, y

su vicepresidente Federico Castañeda, decidieron prestar el salón comunal del barrio y allí se laboró durante un año, aproximadamente. Mientras tanto, ya se habían hecho los diseños y tramitado los permisos para su posterior inauguración.

Antorcha de los oprimidos

Por

Duván Castellanos

(Biblioteca Pública El Restrepo)

Parte I

En la sabana capitalina, los barrios coloniales del año 1938 se encontraban inundados de nubes grises. Las casas estaban hechas de madera y los gobelinos se alejaban en el horizonte de la Avenida Quito. Sobre la cordillera de los Andes, un cóndor de estatura popular se levantaba a la altura de la meseta del barrio Las Cruces, en el centro de Bogotá. Su vida estaría llena de contrastes y angustias, marcadas por el ritmo desmesurado de la economía. Usaba pantalones cortos, camisetas blancas y sacos añejados. Aquel cóndor aprendió a ser fuerte desde muy pequeño. Su nombre es hoy un símbolo: Jorge Eliécer Gaitán Ayala.

A sus once años, el pequeño Gaitán, delgado, de ojos negros y de piel carbón, inquieto y de gran sensibilidad, visitaba los atrios de la Plaza de Bolívar, desde los que se desataban unos gritos enardecidos que sobrecojían su espíritu. Una muchedumbre fervorosa pedía a gritos la caída del presidente Rafael Reyes. Gaitán tornaba su vista hacia aquel orador que tenía en éxtasis a la muchedumbre; se trataba de Enrique Olaya Herrera, hereje de la profanación hegemónica, quien se dirigía con lucidez hacia las masas que agitaban banderas blancas y rojas. En ese momento el corazón enamorado de Gaitán vio a través de las turbas enardecidas un *cañón de escaleras* que marcaría los derroteros de su destino. Las palabras de Olaya Herrera alimentaron sus oídos y su espíritu para siempre.

En la misma época, el presidente Rafael Reyes reformó la Constitución Política del país, para alargar su mandato presidencial. Firmó también concesiones a las empresas extranjeras United Fruit Company, Tropical Oil Co., entre otras. La agitación popular dirigida por Enrique Olaya Herrera en la Plaza de Bolívar, generó la huida del presidente Rafael Reyes hacia Europa.

Cuando Reyes dejó Colombia, a finales de 1909, otro suceso aconteció en las costas samarias, específicamente, en El Playón. La *embarcación del Tortuguero* llegó en la tarde de un jueves de octubre, con cientos de marinos de agua azul, y al otro día, a eso de las seis de la tarde estibarón toneladas de banano guineo, cumpliendo así su itinerario hasta el amanecer del sábado.

Firmados los contratos con las compañías extranjeras, se volvió rutinario que los marinos llegaran borrachos los jueves por la tarde y descansaran e improvisaran cerca a El Playón, con un balón de goma. En las porterías se paraba un marino, y si la pelota cruzaba, era gol. Así fue como el fútbol llegó a Colombia. El dirigente Moisés Ponce confirmaría que no fue en 1908 cuando este llegó al país, e incluso precisó que llegó a costas samarias, y no a Barranquilla, como se decía. Solo llegaban embarcaciones europeas y los extranjeros que iban de turistas, jugaban partidos con los obreros de las bananeras. En 1909 se jugó el primer partido oficial entre los marinos de la United Fruit Company con los obreros, un encuentro deportivo desigual en el que los jugadores ingleses golpearon a los samarios en El Playón.

Mientras esto ocurría en la costa, en Bogotá seguía la vida de Gaitán. Su formación empezó en el modesto Colegio Araújo, cobijado por una beca otorgada gracias al profesor Simón Araújo. El carácter liberal del colegio influyó decisivamente en las ideas políticas de Gaitán.

En 1912, cuando Gaitán había entrado en la adolescencia, se fundó la *Sociedad Literaria Jorge Isaacs* al interior del colegio, por decisión de Simón Araújo y Roberto Mac - Douall. Allí los estudiantes podían desarrollar talleres, conferencias y concursos. Las conferencias las realizaban catedráticos del colegio cada quince días. Eran espacios donde se compartían debates y algunos alumnos ejercitaban la poesía, declamación y

argumentación. Gaitán hizo parte de dicha sociedad, donde fortaleció sus habilidades oratorias, y a escondidas se hacían debates de política donde pudo ampliar su léxico y así estar a la altura del lenguaje dominante.

Con tan solo diecinueve años se encontró inmiscuido en la esfera política colombiana. Asistió al homenaje a los próceres de la patria, en el *Polo Club*, donde tuvo lugar una sofisticada reunión de la alcurnia bogotana en la que se exaltaba al señor Antonio Ricaurte. Gaitán, como sería costumbre, saltó sobre el púlpito a lanzar unas palabras contra el Partido Conservador. Una vez, dos veces, siendo amenazado con ir a la cárcel por los presentes. Aun así, y por tercera vez, removió los brazos fuertes de la autoridad, subiendo a la tarima. Y el exelecto candidato a la presidencia, Guillermo Valencia, intercedió para dejarle la palabra, reconociendo la voz coherente que exaltó el corazón del excandidato, y felicitándolo al terminar su discurso sobre Rafael Uribe Uribe.

Gaitán, con su voz alta y precisa, enamoró las miles de plazas que visitó y amplió su repertorio con el apoyo del electo presidente Benjamín Herrera. Hacía campaña en los barrios de la ciudad y a la afueras. Su apasionado discurso era a favor de los más pobres y olvidados por el gobierno: los ladrones, prostitutas y obreros.

Jorge Eliécer Gaitán Ayala, gracias al Colegio Araújo pudo ingresar a la Universidad Nacional a estudiar Derecho. El profesor Roberto Mac-Douall, conocedor literario de retórica y poética, dejaba a Gaitán con un fuerte bagaje intelectual, que sería de provecho en sus posteriores estudios universitarios. Este, nacido en las zonas más marginadas de la ciudad, tituló su tesis “Ideas socialistas en Colombia”, que le permitió viajar a Roma a culminar sus estudios.

Gaitán, en la universidad se destacó organizando falanges en los barrios, directorios políticos de juventud, y centros de investigación científica. Era asiduo colaborador de la Revista Jurídica de la Facultad de Derecho, y al margen de las faenas graves cultivaba las artes y las letras. Nació para la oratoria popular. Sus artículos de aquella época estaban saturados de palabras científicas, tomadas de los manuales de sociología.

(Arce (s.f.), p. 11)

En noviembre de 1928, veinticinco mil obreros se declararon en huelga y se conglomeraron en todas las zonas bananeras de Fundación, Sevilla y Ciénaga, exigiendo un seguro colectivo para preservar sus condiciones laborales.

En 1929 Gaitán regresaría a Colombia. Su entrada fue por la costa de Barranquilla. En su estadía en la costa caribe colombiana decide dirigirse a la Ciénaga Grande de Santa Marta, Magdalena, donde el 6 de diciembre de 1928 se ejecutó la más sombría de las masacres.

El gobierno de Miguel Abadía Méndez consideró las acciones de protesta como “comunistas” y desplegó más de tres mil soldados comandados por el general Carlos Cortés Vargas, quien abrió fuego sin mediar palabra. En aquella manifestación, soldados dispararon a más de cinco mil obreros y entre la matanza cayeron mujeres y niños que fueron acomodados en vagones de tres puestos y lanzados al mar. Gaitán entró en el socavón de la úlcera masacre y decidió tomar fotografías y entrevistar a los sobrevivientes. Luego, en un punto de El Playón, un sitio denominado Agua Coca, con azadón en mano, picó la tierra hasta sentir un vacío; los granos de arena se deshicieron en la filosa herramienta, y en el hueco apareció el esqueleto de un niño.

Así mismo, las huelgas que se pronunciaron en la estación del tren de Ciénaga comandadas por el dirigente Raúl Eduardo Mahecha, y los campesinos alterados por el abandono de la compañía, son azotados con fuego en medio de los cultivos.

Días después de la masacre bananera, un equipo de fútbol de samarios participó en los primeros *Juegos Nacionales*, organizados en la ciudad de Cali. Esos hombres representarían a los huelguistas encarcelados y asesinados por los *azules*, y enfrentarían fuertes batallas futbolísticas con su rival de patio, el Atlántico Barranquilla, que disputó la final en el estadio La Galilea, del barrio Versalles. Tal vez el fútbol les devolvía la esperanza a los obreros asesinados. Agasajados por el gobernador del Valle, Carlos Holguín Lloreda, fueron invitados al Club Unión de la Plaza de Caycedo. Los jugadores samarios que regresaban a Ciénaga fueron homenajeados por el alcalde de la región. Entre banquetes y vinos se encontraba el gene-

ral Vargas. El equipo le pidió al general soltar a los presos de las huelgas bananeras y su petición fue concedida.

Por su parte, en Bogotá, la plenaria se alistaba. Gaitán arribó a la ciudad sin “exóticos regalos”. En su maleta traía las inhóspitas pruebas de la masacre bananera, que obtuvo cuando entró por la costa de Barraquilla y averiguó con detenimiento las circunstancias de la matanza. Tenía las pruebas suficientes para afirmar que al gobierno le importaba más la maquinaria electoral que el mismo pueblo.

El 8 de junio de 1929, en la plenaria del Congreso, Jorge Eliécer Gaitán, entonces candidato a la Cámara de Representantes por el Partido Liberal, presentó las incontrovertibles pruebas contra el presidente Miguel Abadía Méndez. En veinte sesiones su voz no escatimó esfuerzo para denunciar las acciones que se presentaron en contra de los obreros de la Ciénaga, sin una respuesta clara de la Compañía United Fruit Company, juzgando así la respuesta del gobierno conservador que negaba la muerte de mujeres y niños. Entonces, en plena sesión, Gaitán sacó el maletín donde estaba el cráneo del niño encontrado en las tierras del Caribe. El Partido Liberal premió su denuncia otorgándole la Alcaldía Mayor de Bogotá.

Jorge Eliécer Gaitán Ayala, quien desde pequeño estudió el comportamiento de las clases menos favorecidas, vivió en un indolente abandono del Estado, viendo su vida girar en medio de *tornillos oxidados*, menester de las necesidades más elementales que una persona podía tener. Departió con niños pálidos y famélicos, y a pesar de esto, se posesionó en la cumbre de la política tradicional; su arenga cristalizaba hasta el más oscuro corazón.

Parte II. Centenario

La denuncia demolió a la jerarquía conservadora y los hechos de las bananeras se convirtieron en cenizas que lentamente se disolvieron en el pálido mar de un país sin memoria. Algunos las recordarán, otros no. La oligarquía de la nación domesticó la marcha pacífica del sindicato de la Sociedad Unión, con mentiras y derrotas, al sufragio de especulaciones.

Varias décadas de lucha contra el Partido Conservador tuvo el *Cóndor de los Andes*, que desplegó sus alas en la cornisa de la plaza. Elegido alcalde mayor de Bogotá por el Partido Liberal, en reconocimiento de los años en que había desatado escalofriantes batallas contra el orden establecido. Su tarea no era menor, tenía que organizar los cimientos de una ciudad desgarrada por la incompetencia económica, política y social que reflejaba en cada casa el abandono del Estado.

Sus políticas públicas se establecieron en pro de los más pobres. Abrió comedores comunitarios, dio zapatos. Creó la primera *Feria del Libro* y contribuyó con el acceso al libro y la cultura de comunidades enteras creando bibliotecas móviles.

El “Negro Gaitán”, apelativo impuesto por los miembros del Partido Liberal, que vio una ciudad en completo declive, encontró una nueva oportunidad de hacer un cambio. Bogotá se desprendió desde los cerros orientales hasta las periferias de la Ciudad Universitaria, en la carrera 30. A pocos metros de la Universidad Nacional, hacia el norte, por la calle 57, un terreno baldío llamado El Campín “era una hacienda”, en la arena más negra. Dentro de los programas del caudillo, quien promovía el deporte como alternativa, este terreno resultó ser una gran oportunidad.

El dirigente deportivo Alberto Nariño Cheyne impulsó los *Juegos Bolivarianos de 1938* en Bogotá, ganándole la sede a Caracas. Cheyne se acercó al caudillo Jorge Eliécer Gaitán Ayala por sus propuestas para mejorar el aspecto de la ciudad. Aprovecharía el espacio vital y el pensamiento de reivindicar a las masas, con actividades deportivas que unieran a los cinco países de la vieja Granada que alguna vez se habían desintegrado, y logró la participación de Bolivia. Cheyne aceptó la construcción de un nuevo escenario deportivo. El dinero ofrecido por la alcaldía de Gaitán fueron cuarenta millones de pesos para la construcción de la obra.

Cheyne fundó los primeros *Juegos Bolivarianos* celebrados en Bogotá. El concejal Luis Camacho Matiz — hijo de Nemesio Camacho — fue un impetuoso político que donó el Teatro Olympia de Bogotá.

Luis Camacho Matiz era el dueño de los predios geográficos del centro-oc-

cidente de Santa Fe de Bogotá en los que estaba “El Campín”, una zona verde donde se podía acampar. También era dueño de los terrenos aledaños de la calle 57. Cheyne habló con Luis Camacho para tratar el negocio del terreno.

— ¿Cuánto cuesta el terreno?

— ¡Cuarenta millones de pesos! — respondió Luis.

Cheyne se quedó pensativo, pues el dinero disponible debía alcanzar para comprar el terreno y construir el estadio. Luego, con sagacidad le preguntó:

— Luis, ¿por qué no le regalas el terreno a Bogotá?

— Lo voy a pensar — le dijo Luis.

Días después, Luis Camacho Matiz llamó al dirigente deportivo Cheyne y regaló el terreno a Bogotá para que construyera el estadio, pero con la condición de que este llevara el nombre de su padre — Nemesio Camacho — combinado con el nombre de la hacienda “El Campín”.

La obra empezó a finales de 1936, en los baldíos de la hacienda El Campín; los encargados de la construcción fueron designados por el alcalde Gaitán — el ingeniero alemán Federico Leder Müller, quien realizó los planos del estadio con ayuda del colombiano Rafael Arciniegas, como constructor de la obra, y Alberto Dupuy, el interventor —. Se levantaron las primeras columnas de concreto reforzado. A la distancia se veía un relieve, las tribunas parecían una herradura destapada hacia la dirección norte del estadio.

A principios de 1937 los obreros trabajaron sin descanso para acabar lo más rápido posible el escenario deportivo, mientras Gaitán, ocupado en su oficina del Palacio de Liévano, observó que una masa iracunda transitaba beligerante hacia la Gobernación. Se trataba de la *Marcha de la Solidaridad*, que se pronunciaba por las políticas de Gaitán de uniformar a los conductores de buses de la ciudad de Bogotá. El doctor Parmenio Cárdenas, con el apoyo del presidente López Pumarejo, y ante la presión popular, destituyó a Gaitán el 7 de febrero de 1937.

Cabizbajo por la destitución y con la preocupación de la terminación del estadio, entregó la Alcaldía Mayor de Bogotá a Gonzalo Restrepo, y después Manuel Rueda Vargas tomó las riendas de esta.

Creando que era una conspiración del Partido Liberal, el pueblo, su pueblo, con excepción de los conductores, lo respaldó. Ese tiempo sin Gaitán en la alcaldía se sentía un silencio absoluto. Luego de un tiempo, Gustavo Santos se posesionó como alcalde de Bogotá.

El 6 de agosto 1938 no se pudieron celebrar los *Juegos Bolivarianos en el Nemesio Camacho El Campín* por las fuertes lluvias que azotaron la ciudad. Entonces se celebraron en el Estadio de la Universidad Nacional, Alfonso López. Con una solemne presentación militar, las delegaciones de Venezuela, Ecuador, Perú, Panamá, Bolivia y Colombia se armaron con sus banderas. Parado al costado izquierdo de la tribuna se encontraba el presidente Eduardo Santos, recién posesionado como mandatario de Colombia, quien presenció el primer encuentro de baloncesto entre las selecciones de Perú y Colombia, ganado por el equipo inca.

El 10 de agosto de 1938, estando listas las tribunas de cemento con capacidad para diez mil espectadores, sillas sin espalda y ascensores de primer nivel, y con un campo verde delineado con cal para diferenciar las áreas de la cancha de fútbol del asfalto de una carretera de cinco carriles, se inauguró el *Estadio Nemesio Camacho El Campín* con una ceremonia en la que los asistentes vistieron de corbata y redondeles y presenciaron partido de fútbol entre las selecciones de Ecuador y Colombia. La selección nacional perdió 2-1. El gol fue convertido por el colombiano Tomás Emiliano Mier.

El fracaso acompañó al país en casi todos los deportes — gimnasia, ciclismo, equitación, baloncesto y fútbol —. Los peruanos arrasaron, y el 22 de agosto de 1938 se proclamaron campeones de los *Juegos Bolivarianos*, realizados en el estadio Nemesio Camacho El Campín de Bogotá.

Bogotá pudo celebrar la cuarta centuria entre *gritos y serpentinas*, y el eco de las barras, recordó la matanza de las bananeras. Así el legado de Gaitán por construir el estadio, fue una fuente de paz y descanso.

Mis vecinos

Por

Mary Guerrero

(Biblioteca Pública El Restrepo)

Al hablar con doña Agripina, colaboradora de la parroquia y una de las habitantes fundadoras del barrio La Resurrección, me contó todo acerca de la fundación de este:

“Antes de fundarse el barrio en 1965, el terreno estaba ocupado por una hacienda llamada Santa Sofía. El nombre La Resurrección se lo dio una señora llamada Cecilia Guzmán, quien ya falleció”.

El barrio está ubicado en una pequeña montaña de la Localidad Rafael Uribe Uribe, al sur de Bogotá. Cerca de este se encuentra el Hospital San Carlos y un parque muy bonito lleno de árboles. En la parte alta del barrio se halla el Mirador La Resurrección, desde donde se puede observar toda la ciudad. Al lado está el templo católico, la escuela y al frente empiezan las viviendas. Calle abajo hay otras viviendas de uno, dos y tres pisos, como en la que vivo, que está pintada de color rosado. Una de las calles es la entrada principal cuando se viene de otras partes de la ciudad.

En ese año de 1965 llegó también al barrio un sacerdote llamado Alfonso Garavito, quien hizo construir el templo. Era de ojos azules, piel blanca, 1,60 metros de estatura y un poco robusto. Andaba siempre en un carro Volkswagen Escarabajo de color azul claro. Lo condujo hasta los ochenta años de edad. Sus últimos años de vida los pasó en un ancianato para sacerdotes. ¡Muy querido y amable, y un gran evangelizador! ¡Todos lo queríamos mucho!

En 1970, al presidente de la Junta de Acción Comunal, don Ricardo Infante, un hombre alto, robusto y con pinta de político, que cuando daba sus discursos ponía voz temblorosa, al estilo de Jorge Eliécer Gaitán (político famoso en el país en el año 1948), se le ocurrió la idea de celebrar la fiesta de los reyes magos, el 6 de enero, junto con la familia Muñoz, quienes deseaban sacar el barrio adelante. Así fue como año tras año, la

celebración tomó fuerza y fama; las calles eran llenas de gente y había toda clase de diversión, como juegos de rana, tejo, cartas, rifas, sorpresas.

La comida era gallina, carne asada, avena helada, empanadas, etc. No podía faltar la famosa chicha de doña Martha Villamil, apodada “la loca Martha”, porque en sus años de juventud le era infiel a su esposo don José. Decían que sus seis hijos no eran todos de él.

En la celebración también se presentó la obra de teatro *El nacimiento de Jesús*. Después se presentó una orquesta de baile tropical o de música ranchera para amenizar la fiesta, y se terminaba quemando el muñeco de Año Viejo. También había fuegos pirotécnicos y voladores. ¡La gente disfrutaba hasta la media noche!

En 1998 empezaron los rumores de que esto no le servía a la comunidad y que solo se lucraba la familia Muñoz, es decir, don Pablo Muñoz y su esposa Josefina Sánchez, quien, entre otras cosas, era reconocida en el barrio por ser muy comunicativa. Recuerdo que tenía una tienda en la esquina de su casa y siempre que me veía me llamaba para preguntarme por los vecinos, mas yo no tenía nada nuevo para contarle, pero terminaba por enterarme de muchos chismes, que fulanito se murió, que zutanito dejó a la mujer, etc.

Los Muñoz tuvieron seis hijos varones. El mayor era Germán, quien quería ser el edil del barrio, según él, “por el progreso de nuestra comunidad”, pues “por ser pobres la alcaldía nos tiene olvidados”. No había buenos parques y la inseguridad era terrible, ¡siempre fue así!

Recuerdo que en 1980, a la edad de cinco años, en las tardes me gustaba mirar por la ventana para ver cómo corrían y jugaban los niños, al salir de la escuela. Pero una tarde el espectáculo fue otro; observé cómo un hombre, alto y moreno, perseguía y disparaba un revólver contra un joven delgado, ¡quedé tan aterrada! que, casi por un mes, dejé de mirar por la ventana.

En 1985, al cumplir diez años de edad, estaban de moda los *jeans* entubados, la ropa color gris y rosado para las mujeres. Usar un arete de un diseño y el otro diferente. También los pantalones de licra, que hoy en día se les dice *legis*.

En ese año vivía en el barrio un joven de muy mala reputación, que le decían Tatú. Un día, mientras iba a la tienda por pan y leche, me tropecé con él; venía todo ensangrentado y caminaba como borracho, lo habían apuñalado y cayó en la puerta de su casa. Todos quienes lo vimos gritamos, creíamos que de esa no se salvaba. Rápidamente su familia lo llevó al hospital.

Al cabo de un mes salió de su hospitalización y se apareció en el barrio con una serpiente en el cuello, de color rojo y blanco, un metro de largo y diez centímetros de grueso. Hacía alarde de que nada lo podía matar, “ni siquiera esa culebra”. Todos los niños de la calle por donde vivíamos le teníamos miedo. Tomaba la serpiente y jugaba con ella. La ponía en el piso, se la ponía en la cintura o el brazo. Yo creía que la tenía atontada o le exprimía el veneno antes de exhibirla a todos. Alguna vez le pregunte qué le daba de comer y él me respondió:

“¡Ratones, nada más!”.

Luego de un tiempo se desapareció. Nadie volvió a saber de él. ¡Es como si se lo hubiera tragado la tierra!

A finales de los años ochenta existió una ley en el barrio, y joven que encontraran a media noche lo mataban, fuera inocente o delincuente. Al día siguiente aparecían muertos con un tiro de gracia en la cabeza. Decían que quienes hacían esto era un grupo denominado “La Mano Negra”.

Don Germán Muñoz, un vecino que incursionó en la política con el objeto de darle “una cara nueva al barrio”, en uno de sus discursos cometió el error de hablar mal de los jóvenes que no hacían nada y que estaban metidos en el mundo de las drogas y las malas compañías. A algunos de ellos no les gustó ese comentario, y un domingo, a eso de las dos de la tarde, cuando don Germán se estaba tomando un café en la panadería de la esquina, llegó un joven, como de 18 años de edad, y le disparó directo a la cabeza causándole la muerte. El sicario salió corriendo y a una cuadra lo esperaba su cómplice, quien le cambió la chaqueta para despistar. Mientras tanto, el dueño de la panadería, quien observó todo, le avisó a la familia Muñoz lo sucedido. Dos de los hermanos del difunto empezaron la

persecución luego de la descripción que les dio el panadero. Contaron con suerte y lograron capturar al asesino. Aún hoy en día, todavía están en la cárcel Modelo, pagando una condena de veinte años. Recuerdo ese día tan nefasto. Todos salimos a la calle, y algunos gritaban:

— ¡Mataron a don Germán, lo mataron!

— ¡No, no puede ser, él sí iba a sacar el barrio adelante!

El día de su funeral hubo mucha gente. Pese a todo, don Germán era muy apreciado.

Enrique Buenaventura, el sacerdote de turno, era un personaje muy particular, regañón y apegado a las cosas materiales. Una vez, en horas de la tarde, le robaron en la parroquia, lo amordazaron y se llevaron el televisor, un computador, dinero y su carro, un Chevrolet de color verde. Ese día yo iba llegando a la casa cuando vi pasar el carro a toda velocidad. Me pregunté si era que el padre tenía mucho afán, sin imaginarme lo que había sucedido. Días después lo amenazaron, le dijeron que se marchara, si no quería correr la misma suerte de don Germán Muñoz.

Aún tenía cosas de valor, así que de manera meticulosa empacó sus cuadros y porcelanas en papel periódico y cajas; por lo general, un sacerdote cuando se va se lleva lo que trae, una maleta con su ropa y nada más. Pero el padre Enrique no era así. ¡Y así, furioso, salió renegando y maldiciendo a quienes les robaron!

Con el tiempo me enteré que había dejado el sacerdocio, se había casado y tenido dos hijos. Luego de separarse, y arrepentido, quiso volver a ser sacerdote, pero le respondieron que solo cuando sus hijos fueran mayores de edad.

En 1989 empezó en el barrio una tradición decembrina llamada la *Vaca Loca*. Un vecino, don Segundo Acevedo, de piel trigueña, ojos cafés, alto y delgado, y con mucha energía para correr, decidió hacer en Navidad una vaca de madera y ferrarle los cuernos y la cola donde le ponía antorchas y le prendía fuego. ¡Así nació la *Vaca Loca*!

Del 16 al 23 de diciembre, a eso de las siete de la noche, después de la misa y la novena de aguinaldos, la gente esperaba con ansias, en especial los niños y los jóvenes, quienes corrían de un lado a otro, tratando de que no los alcanzaran sus cuernos o la cola y los quemara. Las calles se llenaban de gente hasta las diez de la noche; todo era alegría, los vecinos sacaban los baffes de sus equipos de sonido y ponían música de diciembre. Se escuchaba a Pastor López, los Originales Cincuenta de Joselito, también se escuchaban los villancicos.

En el transcurso de esas horas la gente aprovechaba para conocer a otras personas, hacer amigos, y hasta conseguir novio o novia, pues los de otros barrios venían a disfrutar del espectáculo.

Como don Segundo se metía en su vaca de madera y movía sus pies hacia atrás, como cuando un toro se prepara para investir a alguien, y todos gritaban ¡jole!, don Segundo le daba ese toque personal que lo hacía emocionante y natural. Cuando se cansaba, se agachaba y descargaba la vaca en el suelo. La gente también sentía alivio y reponía fuerzas para seguir corriendo. Cuando volvía a levantar su vaca de madera todos se ponían contentos. Así fue la tradición hasta el año 2005, cuando don Segundo se cansó y desde eso no volvió a haber diversión.

Otros intentaron seguir la costumbre, pero no funcionó, y con el tiempo prohibieron esta actividad porque podía salir la gente herida, aunque en esa época nunca hubo un quemado o algún accidente, así fue el fin de la *Vaca Loca*. En cuanto a don Segundo, ya está viejito y se fue del barrio, pero todos lo recordamos por la diversión que nos dio en las navidades pasadas.

Otro personaje que recuerdo es don Anacleto Guerrero, quien era un viejito muy querido. Siempre andaba con su bastón, una cachucha y ruana color café. Lo acompañaba un perro criollo parecido a un pastor alemán, y cada vez que me veía me saludaba diciendo: “Hola tocaya...”, ya que teníamos el mismo apellido.

En 1989, cuando tenía catorce años de edad, salía con mi hermano Samuel Guerrero a jugar *ponchados* o *yermis*, que consistían en formar dos equi-

pos de cuatro personas y apilar diez o quince tapas de gaseosa, para luego tumbarlas con una pelota. Quien lo lograra, salía corriendo con un bate para pegarle a la bola, y no dejarse ponchar hasta que el equipo lograra armar las tapas otra vez, y gritar ¡yermis!

También jugábamos a la golosa, pero no hasta diez sino hasta el número veinte, y durábamos todo el día jugando. Los sábados íbamos a jugar baloncesto. Las canchas eran llenas de chicos jugando, era muy divertido. No existía la Internet ni los juegos de video. Hoy en día los niños se divierten con un computador o celular; los tiempos han cambiado tanto, que la gente en Navidad ya no sale a las calles a la media noche a abrazarse con los vecinos, como sucedía en los años ochenta y noventa. Todos celebramos en nuestras casas con la familia, ¡ya no se siente la alegría de años pasados! Parece que cada vez las navidades son más frías.

Pese a todo yo quiero mucho mi barrio, tengo buenos vecinos, vivo muy cómoda y tranquila, ¡gracias a Dios!

Efervescencias de mi vida

Por

Luis Adriano Prieto

(Biblioteca Pública El Restrepo)

A comienzos de enero de 2011, y hasta mediados del mismo año, tuve la gran oportunidad de viajar a diferentes sitios de Colombia, pues, me encontraba trabajando con una empresa distribuidora de productos naturales, y la idea era ir a los pueblos y ciudades como brigadista de salud en compañía de un médico cubano llamado Daniel, un tipo joven, de unos veinticinco años, apuesto y con todo el conocimiento de la medicina general que había aprendido en Cuba, donde, según Fidel Castro, “enseñan la mejor medicina del mundo”, así el pago que les dan a los médicos sea irrisorio, y por eso quienes se hoy se gradúan como profesionales se enlistan para ir en misión médica a Venezuela, pese a que allí tampoco tienen mayores incentivos.

Pero lo que los mueve es que una vez allí, desertan a Colombia, que la utilizan como puente para ir a Estados Unidos, donde los reciben con los brazos abiertos, mas no para que ejerzan su profesión, pues los endulzan con unos cursos de inglés, y si acaso quieren trabajar lo pueden hacer en cualquier actividad, menos en medicina; no sé si la idea es que olviden su profesión o es como un castigo por su desertión...

El caso es que Daniel estaba en todo su furor ejerciendo en Colombia de una manera un tanto ortodoxa, ya que debía promover los productos naturales, lo que hacía de una manera tan convincente, que las muchachas que acompañaban a sus padres a consulta médica, resultaban enfermas, y al siguiente día ripostaban de nuevo en consulta. Esto se convirtió en un “machete” (término utilizado en ventas para indicar una buena venta), y el auge de la misma.

Otro compañero de viaje, quien hacía las veces de conductor del carro Renault Logan de color negro, modelo 2010, que nos habían asignado para la brigada, era Alejandro, un tipo robusto, con barriga cervecera, calvo por haberse mandado a rapar todo el cabello. Vivía en unión libre con una mujer de quien no me acuerdo el nombre, pero de quien sí sé que lo único que le importaba era que Alejandro le enviara dinero periódicamente y, por supuesto, él le enviaba algo del que le quedaba después de pagar las cuentas por consumo de licor y derroche con mujeres de la vida alegre, jaquellas que nunca dicen que no mientras se les esté mostrando el billete! Pues sí, lo poco que le quedaba lo enviaba sagradamente por giro a Bogotá, desde la ciudad o pueblo donde estuviéramos.

Solo hago mención de Daniel y Alejandro, ya que nosotros tres éramos los más, laboralmente, estables, y por supuesto, quienes más ganábamos dinero, pues aparte de que nos daban viáticos para los viajes, nos pagaban comisión por ventas, amén del salario básico mensual asignado a cada uno.

En uno de tantos viajes, esta vez a Moniquirá, un pueblo de Boyacá ubicado a una hora de Tunja, íbamos a mitad de camino y de pronto visionamos un paisaje natural que destaca en la colina que bordea la parte izquierda de la vía. Allí, en una curva en forma de U hay una cascada que baña — mirando de arriba hacia abajo — unas piedras que, en comienzo, son

pequeñas, y a medida que va bajando el agua su tamaño aumenta hasta tomar formas grandes y ovaladas, regadas a lo largo de la quebrada. ¡Es todo un paisaje!

Estaba atónito apreciando el panorama, cuando de pronto sonó el celular y la magia murió; era el gerente que llamaba y exclamaba:

“¡Lucho, necesito que se regresen de inmediato a Bogotá, es urgente!”.

Estando en Bogotá, mientras definían nuestra situación laboral nos dieron unas vacaciones forzosas. Un día cualquiera salí a caminar por el barrio Restrepo, iba por la plaza de mercado de la carrera 20 y me encontré justo con la Casa de la Juventud, una edificación de tres pisos de altura, de color amarillo, y con unas rayas de color café en los separadores de los pisos y columnas, donde enseñan yoga, artes marciales, piano, tango y otras cosas.

Me dio por entrar y preguntar, no sin recelo, pues el nombre *Casa de la Juventud* me sonaba un poco alienante para alguien de mi edad; sin embargo, superé mi duda y entré a preguntar por las clases de tango. Quedé sorprendido con la información que me dio muy amablemente Oscar, el vigilante de turno, un muchacho de unos veinticuatro años, bien presentado su uniforme y quien, con muy buena disposición, me informó:

— Las clases son para todo el que quiera tomarlas, sin importar la edad, sexo o raza. Son los martes y jueves de todas las semanas, de seis a ocho de la noche, no necesita inscripción, puede venir cuando usted guste.

— Bueno, me queda una duda todavía: ¿cuánto cuestan las clases? — pregunté un poco ansioso.

— Nada, solo debe presentarse a esa hora y ya.

¿Gratis?, ¿y dos días en la semana?, dije para mis adentros. ¡Noooo, el que quiera más que le piquen caña!, como decían los abuelos...

Como no tenía nada más que hacer, y viendo que era martes, y aunque apenas eran las cuatro de la tarde, decidí que desde ese mismo día tomaría mi primera clase de tango. Fui a dar una vuelta. Entré a una cafetería

que queda por la carrera 18 con calle 19; me gusta ir allí, pues ¡sirven un tinto bien cargadito, no agua con un tinte de tinto! ¡No, este sabe a lo que debe saber... a tinto!

Y así fue como comencé a practicar este hermoso baile del tango. A partir de entonces, la música de Juan Arienzo, Alfredo de Angelis, Francisco Canaro y de otros más, amenizan mis prácticas durante periodos de entre una y dos horas, tiempo este que se me pasa como una exhalación, pues ¡cuando uno hace cosas que le agradan, el tiempo no cuenta, solo corre sin que nos demos cuenta...! Es que eso del tiempo es algo simbólico, algo que solo existe en la imaginación de quien vive y lo apremia, según esté de afán o atrasado, con algún compromiso. Por eso, cualquier trancón en la vía, así sea algo normal, parece un desastre para quien prisa lleva...

Otro día que iba por El Restrepo, ¡es mi barrio preferido!, me encontré con Jacinto, un viejo conocido, con quien entablé una corta charla:

— Hola Lucho, ¿cómo estás?, ¿qué haces? —me preguntó.

— ¡Muy bien! — le contesté —, ¡por aquí, divagando...!

—Voy para la biblioteca, ¿me acompañas?

— ¿Biblioteca? — pregunté.

— ¡Claro!, ¿no sabías que aquí tenemos una?

— No, la verdad, no lo sabía, y créeme, es una excelente noticia pues me gusta leer en mis ratos libres.

— Pues ¡vamos!

— Bueno, pero me gasta un tinto después.

— Por supuesto.

Y fue así como me enteré de este *sitio de cultura y esparcimiento* que es para mí la biblioteca. A este lugar voy cada vez que puedo sin pensarlo dos veces.

Un 31 de octubre

Por
Amanda Carrasco
(Biblioteca Pública El Restrepo)

¡Me parece que fue ayer!... ¡El tiempo pasa y los niños crecen rápido!

El día del Halloween, o Día de los Niños, es una celebración que se da en víspera del *mes de los difuntos*. Los chicos y grandes se disfrazan de personajes que dejaron historia.

Recuerdo que confeccioné el disfraz de mi hija desde su primer año, cuando la disfracé de oveja. A los dos años, de oso. A los tres, de conejo. A los cuatro, el de bananas en pijama. A los cinco, de payasita y a los seis, el de hada madrina. Le confeccioné los disfraces hasta los once años cuando le llegó la etapa de adolescencia, pues se sintió mayor y tenía otras prioridades.

En el año 2002 comenzó su colegio en el grado cero; le confeccioné un disfraz de hada madrina de color verde claro, blusa y pantalón decorado con lentejuelas y estrellas doradas, un gorro terminado en punta color dorado; quise que llevara un disfraz muy cómodo para que pudiera jugar y correr y no sufriera accidentes, ya que los disfraces tradicionales de hadas madrinas están diseñados como vestidos muy largos y anchos, que las niñas se enredan mucho para caminar.

Para el 31 de octubre de aquel año, todos los niños y niñas madrugaron muy contentos al colegio. Lucieron sus disfraces y disfrutaron de una gran fiesta que los profesores les habían preparado; el rector, las coordinadoras y todos los profesores se disfrazaron.

Les regalaron muchos dulces, les hicieron concurso de disfraces y ganaron los más originales, entre los que estuvo el de mi hija Norma. El premio fueron juguetes.

Cuando llegué al colegio, como a las doce y treinta del día Norma estaba muy feliz de haber disfrutado una alegre mañana. Llegamos a casa

almorzar, pero me dijo que no tenía apetito, pues en el colegio le habían dado hamburguesa y gaseosa, y a ello se sumaban los dulces que se había comido.

Descansó un buen rato. Durmió su siesta, y como a las dos de la tarde le volví a organizar su disfraz. La llevé a una celebración en el parque del barrio La Fragua en la Localidad Antonio Nariño en Bogotá. Allí me encontré con tres amigas, quienes llevaban también a sus hijas, niñas de la misma edad de Norma; además, eran compañeritas del colegio.

Disfrutamos mucho en el parque con juegos, risas y espectáculos. Con una función de títeres en la que salió una *bruja loca* muy divertida y simpática montada en su escoba, y que por ir al mismo tiempo cantando y mirando para otro lado, ¡puum!, se estrelló contra un árbol y la escoba se le cayó; Norma salió corriendo, le recogió la escoba, pero por vacilarla, hizo como si no quisiera entregársela. La *bruja loca* lloraba y le rogaba que se la entregara, hasta que Norma, con la ayuda del señor titiritero, logró acomodarla en su escoba.

Un payaso a quien llamaban Condorito, con su cara pintada, peluca de color rosa, traje de rayas amarillo y rojo, y unos zapatos de color azul, ¡tan grandes que los niños se divertían pisándoselos!, les alegró aquella tarde, vacilándolos con sus chistes y motivándolos para que bailaran y cantaran; luego decidió hacerles un concurso para que niños y niñas demostraran sus habilidades artísticas.

A las niñas y niños, muy espontáneos y sin ninguna timidez, no les importó si cantaban mal o bien, solo les interesó que sus voces se escucharan por el micrófono, lo que para ellos fue un gran reto y una aventura.

La actividad en ese parque se terminó a las cuatro de la tarde. Me sentí muy contenta acompañando a mi hija, al igual que las amigas que me había encontrado, quienes también compartieron con sus hijas; después nos pusimos de acuerdo para salir en la noche con las niñas y hacer el recorrido por las calles del barrio. Me despedí de ellas y se comprometieron a pasar a mi casa desde donde iniciaríamos el recorrido.

A las siete de la noche llegaron. Norma, muy contenta, compartió con sus

amiguitas la alegría de recorrer las calles y pasar por las tiendas y almacenes para recibir los dulces, y así llenar sus calabazas, ¡porque esa es la idea del 31 de octubre, recolectar bastantes dulces y hacer apuestas para saber quién recogió más!

Fue una estupenda aventura para las niñas salir en la noche en compañía de sus mamitas, comer caramelos, galletas y hasta helados; luego fuimos hasta el barrio Restrepo, donde les hicieron falta calabazas y bolsas para guardar tantos dulces. Menos mal que todas las mamitas que íbamos llevábamos morrales para guardarlos.

En un momento determinado las niñas estaban cansadas de caminar y decidimos regresar a casa. Solo querían acostarse a dormir. Llegamos como a las diez de la noche, le puse el pijama a Norma y se durmió...

Al siguiente día le ayudé a contar los dulces. Ella estaba muy emocionada por tener tantos y no aguantó las ganas de seguir comiendo. Pero como a las nueve de la mañana comenzó a sentirse muy enfermita. Decía que le dolía el estómago y que tenía muchas ganas de vomitar. Yo sentí que le subió la fiebre y por eso que decidí llevarla al hospital para que la revisara el médico.

Aquella tarde

Por

María Alejandra Torres Rodríguez

(Biblioteca Pública El Restrepo)

Aquella tarde del 2 de octubre de 2008, mi madre, mis hermanas y yo fuimos a visitar a mi abuela; su casa quedaba ubicada en el barrio Fátima, un sector muy tranquilo a pesar de estar ubicado en el sur de Bogotá. Los habitantes son personas amables y de confianza, ya que han vivido muchos años en el sector.

Recuerdo que ese día nos quedamos conversando con mis primos, mis tías y mi abuela, quien se encontraba muy enferma, le dolía el cuerpo, tenía las manos frías y su cara pálida, se notaba su mal estado de salud. Por eso

estábamos muy tristes, ¡todo se tornaba preocupante!

Ya era tarde y se aproximaba la noche destiñendo los colores del día; anhelaba volver lo más pronto a aquel lugar de remembranzas en el que sale un sollozo sin querer.

Llegamos a casa, estábamos muy cansados y exhaustos. Al día siguiente sonó el teléfono y una voz transformó nuestras vidas; era mi tía, quien lloraba y se escuchaba muy triste. Preocupada le pregunté qué sucedía y ella, con la voz cortante dijo que mi abuela había fallecido. Nos fuimos vertiginosos para la casa de mi abuela, fue muy duro para mí porque no me pude despedir de ella, un cáncer de útero le provocó la muerte.

Asistió mucha gente a su velorio. Yo no quería verla en ese estado, sin ver sus ojos abiertos y su sonrisa. Ese día le dije a mi mamá que mejor me iba para el cuarto. La casa estaba muy oscura ya que a mi abuelo no le gustaba ver las luces encendidas. Entré al cuarto, dejé la puerta abierta y encendí el televisor, cuando de repente, vi a mi abuela en la puerta con la ruana que le gustaba colocarse, me miró y lentamente caminó hacia la sala; sentí mucho miedo en ese momento, me bajé rápido para donde mis tías y ellas me dijeron que quizás mi abuela se estaba despidiendo de mí.

Hoy, siete años después de su muerte, sigo recordando las historias que me contaba, las veces que me regañaba porque dejaba caer y dañar las cosas. Recuerdo que se acostaba en mis piernas para que le acariciara el cabello y la peinara. Es duro saber que ya no tienes a esa persona a tu lado, a quien contarle cosas de amor o de lo que te pasa a diario, ir a lugares y probar de nuevo comidas que ella preparaba con amor.

Les aseguro que nada es como antes, las navidades, los cumpleaños, el *halloween*, todos esos momentos en los cuales pasábamos en familia ya no existen. Llega ese momento en donde te preguntas: ¿por qué la gente que quieres tiene que morir primero? Pero bien, eso solo Dios lo sabrá, ahora solo me queda disfrutar de cada persona, pues por algo Dios nos la pone en el camino, siempre con un beso, abrazo o apretón de mano me despediré, pues quizás mañana no estaré con ellos.

¡Vivir la vida con plenitud y amor es lo que nos queda!

¡Mi felicidad eres tú!

Por
Laura Gaona
(Idipron, El Restrepo)

Todo pasó en la casa de mi abuela un 24 de junio de 2015. En mi cumpleaños número quince mi madre me dijo:

“Un 23 de junio, a las siete de la noche, me fui a dormir y mientras me cogía el sueño me acariciaba la barriga. Me quedé dormida y a eso de las nueve de la noche me desperté porque a empecé sentir contracciones. Fui y le conté a mi madre y ella me respondió:

‘Mamita, es mejor que espere a que amanezca para que cuando vayamos al hospital esté bien dilatada’.

Le hice caso. Fui a mi cuarto y puse la cama mirando hacia la ventana. Ese día había luna llena, por lo que estaba contenta, mientras me seguía acariciando la barriga. Pero tú no te movías, por ello me empecé a preocupar. Sin embargo, y después de cierto tiempo sentí que sacaste la manita y que te estabas despertando, y así pasó toda la noche.

“A las dos de la madrugada seguía con las contracciones y de nuevo se lo expresé a mi madre, quien me repitió que aún no era el momento para que nacieras.

Pasaron las horas y las contracciones se hicieron cada vez más fuertes, hasta que, a eso de las cuatro de la mañana, no aguanté más y me fui para el hospital. Al llegar me informaron que era necesario esperar aún más. Luego de doce horas me llevaron para cirugía, pues fue necesario que me realizaran una cesárea para que tú nacieras.

“Pasó un rato hasta que naciste. Después que las enfermeras me contaron que no lloraste, te pusieron en mis brazos. Aún recuerdo que me miraste fijamente y se te fue la cabeza hacia un lado. ¡Ese fue el mejor día!, pues todos decían que tú ibas a morir o que serías una niña especial. Esto me hizo pensar varias veces que debía abortar.

“Transcurrieron quince años, y mírate, eres toda una mujer, sacando tus estudios adelante, y aunque estás en un internado, sigues con la frente en alto. Y yo, bueno, con anemia crónica y pensando que en cualquier momento puedo dormir, pero no despertar. ¡Por eso es que hay que vivir cada día como si fuera el último!”.

Luego de recordar estas palabras de mi madre, y estando en el internado conocí a Camila, con quien compartía los mismos gustos. Era una niña también de quince años, de baja estatura, cabellos y ojos color café, pestañas largas, de carácter tierno aunque firme en ocasiones. Se convirtió en mi mejor amiga, no, más que esto, era como una hermana para mí.

Ella padecía de problemas cardíacos y también de cáncer, lo que hizo que con el tiempo su salud se fuera deteriorando. Paulatinamente fue perdiendo su cabello. En ocasiones la sentía distante. Hasta que se llegó el día en que murió. Contaba en ese entonces con diecisiete años.

Su muerte fue muy dura para mí. Después de un año de ello recibí una carta que Camila me había escrito:

“Hola Mónica, gracias por preocuparte por mí, pero ha llegado la hora de irme a un lugar más tranquilo. Lamento mucho dejarte sola, pero cuando tú también decidas irte, acá estaré esperándote con los brazos abiertos, esperando a que necesites un consejo...”.

Seguí leyendo, al tiempo que mis lágrimas rodaban por mis mejillas. En un momento determinado de mi lectura, hubo un párrafo que me llamó la atención:

“... Ya no llores más por mí. ¡Es tan bello aquí, nunca lo imaginé! Quiero que seas feliz, que te vaya bien, y que cuando te toque partir espero verte aquí”.

Lo único que hice fue entristecerme aún más, pues la extrañaba mucho.

Con el paso del tiempo, cuando contaba yo con veintidós años, y luego de asistir continuamente a visitar la tumba de Camila, recibí otro duro golpe: mi madre falleció. El ser que me había dado la vida, ahora me había dejado sola. Antes de su funeral le escribí una carta que dice:

“Yo te extrañaré tanto. Por seguro fueron tanto los bellos y malos momentos que vivimos juntas. Los detalles, las pequeñas cosas, lo que no parecía importante, son las que más invaden mi mente. Al recordarte, ojalá pudiera devolver el tiempo para verte de nuevo, darte un abrazo y nunca soltarte. Más, comprendo que llegó tu tiempo. ¡Dios te ha llamado para estar a su lado! ¡Él así lo quiso! ¡Pero nunca pensé que doliera tanto! ¡Te amo! Por favor no me dejes sola.”

Mientras seguía escribiendo la carta mis lágrimas no paraban, pero logré terminarla. La puse sobre el ataúd. A menudo le hacía cartas a mi madre.

En los días posteriores me deprimía con facilidad. Todos los días visitaba su tumba y me quedaba casi todo el día acostada en el pasto que la cubría, pidiendo perdón por todas las cosas malas que había hecho. No superaba la muerte de mi madre, y aunque ella ya no estuviera en este plano aún le escribía cartas, porque para mí ella seguía viva.

Durante un tiempo solo salía de mi casa a visitar a mi madre en su tumba. No comía ni me preocupaba por mí.

Cuando contaba con veinticinco años, y mi madre cumplía tres años de fallecida, me encontraba terminando mis estudios de DJ en la universidad, pues la música se convirtió en una salida y en una mejor forma de expresarme. Allí no cruzaba palabra con nadie. Era muy callada. Solo hasta un día, cuando subiendo por una de las escaleras me topé con un chico muy apuesto. De ojos verdes, cabello claro y una sonrisa embrutecedora. Estábamos en la misma clase y sin darnos cuenta nos sentamos casi por el mismo lado; yo pasaba horas y horas viéndolo, ¡me sentía feliz!, pero eso no calmaba la soledad que había dentro de mí.

Un día, luego de dos semanas, se me acercó y me habló:

— ¡Hola, mucho gusto! Mi nombre es Miguel, tengo veintiséis años. Eh... veo que a ti también te apasiona la música.

Me quede quieta por unos minutos sin decir ni una palabra, lo único que le respondí, un poco apenada, fue:

— ¡Hola! Emm... mi nombre es Miguel, digo ¡Mónica! Emm... tengo veinticinco años y pues, sí, desde que tengo memoria siempre he querido ser DJ.

Ambos nos quedamos callados por un minuto; cuando Miguel vio que yo me apresuraba a salir a tomar un descanso, me dijo:

— Oye, eh..., tú... ¿tienes novio?

Apenada y pensativa de por qué me había preguntado eso, le respondí:

— ¡No... no tengo! Amm, ¿por qué la pregunta?

Miguel se quedó callado y quieto por unos minutos. Yo salí a descansar y después me fui para mi casa con la intriga de por qué Miguel me había hecho esa pregunta.

Pasaron dos días y lo volví a ver. Con su caminar entre elegante, galán y coqueto se dirigió a mí:

— ¡Hola Mónica! Disculpa por no responderte la pregunta que me hiciste en días pasados, la verdad, pensé que tenías novio. Veo en ti una chica muy linda, con una sonrisa muy encantadora, una mirada tierna, con muchísimos sentimientos detrás de tanta seriedad y tristeza, pero... ¡ah, ya basta de tantos rodeos! Emm, ¿quieres ser mi novia?

Yo me quedé impávida, y al tratar de responderle tartamudeé, pues aquel chico que tanto me gustaba desde hacía tiempo, se había fijado en mí. Luego tomé impulso y, sonrojada, le respondí:

— Emm, ¿me hablas a mí?

— ¡Sí, claro, a ti! Acaso, ¿a cuál otra Mónica conozco que me guste tanto, como para decirle que quiero que sea mi novia?

— Emm, pues, no sé porque, la verdad, no sé quién más se hable contigo.

— Pues sí, pero bueno, no cambiemos de tema, entonces ¿qué me dices?

— Pues... ¡sí, claro que sí! Y así nos volvimos novios.

Después de dos años ambos terminamos nuestros estudios. Tenía ya vein-

tisiete años y él veintinueve. En una ocasión me invitó a cenar y me propuso matrimonio. Yo quedé muy asombrada ya que no pensé que el chico con quien llevaba dos años de relación, y a quien sentía amar con todas mis fuerzas, fuera a dar un paso tan importante.

Acepté y nos casamos. Fue algo muy tierno. Mientras él esperaba en el altar con una sonrisa de lado a lado, yo caminaba por el pasillo, un poco apenada, pero a la vez muy feliz, puesto que sentí que él, ahora mi esposo, calmaba un pedacito del dolor que aún sentía por mi madre.

Después de la ceremonia de bodas nos fuimos a celebrar a la casa que mi esposo había comprado de sorpresa para los dos y nuestros hijos. Lo había hecho antes de pedirme matrimonio.

Luego de dos meses nuestro primer hijo llegó a nuestras vidas. El dolor que mi madre había dejado ya estaba siendo controlado. Me hallaba muy contenta con Esteban mi hijo, mientras Miguel trabajaba en una empresa como contador. No dejaba que yo saliera de casa a trabajar y poder ayudar con la comida del bebé, ya que no le gustaba la idea de contratar una niñera, pues le daba miedo que de pronto lo maltratara.

Había pasado un año cuando tuvimos la llegada de nuestra niña Samanta. Tenía cabello liso y ojos claros, era muy tierna. Esteban se encariñó muy rápido con ella, pues ¡él también era un bebé!, le habían salido los primeros dientecitos y le dolían mucho. Pero con el paso del tiempo se fue acostumbrando a ellos, es más, empezó a morder todo lo que encontraba por el camino.

Pasaron los años. Esteban contaba ya con cinco añitos, Samanta cuatro, Miguel treinta y cuatro y yo treinta y dos años, cuando me enteré que yo también tenía anemia crónica. Fue muy duro para mí, ya que no quería dejar solos a mis hijos así como mi madre me dejó a mí. Al tiempo de empezar tratamientos, a Miguel le diagnosticaron cáncer de piel que ya estaba muy avanzado.

Yo me eché a la pena y no volví a los tratamientos...

Kenshi

Por
Leidy Parrado
(Idipron, El Restrepo)

En 1999 nació una niña llamada Kenshi. Era de cabello largo, tez morena y ojos café oscuros. Creció siendo muy tímida, tonta y torpe, pero al tiempo tierna y sencilla en las cosas de “amigas”, quienes eran muy vanidosas, ella no. Pensaba que la vida y la ciudad eran, simplemente, una mierda, porque la gente actuaba conforme a lo que quería la sociedad y no a lo que quisiera para sí.

Pensaba también que los hombres eran más divertidos, aunque no le atraía ninguno, pues deseaba ser uno de ellos, con quienes jugaba fútbol. Además, no le gustaban las prendas de vestir que utilizaban las mujeres, como las faldas, los tacones, etc. Ella prefería las sudaderas, los tenis y las gorras, en vez de moñas y balacas. Era ruda, de carácter fuerte y le gustaba que la trataran como a los niños, no como a las niñas. Sus madres no consentían mucho este comportamiento. Una de ellas se vestía de hombre, algo que le gustaba a Kenshi, más no su forma de pensar.

Una vez Kenshi fue a casa de sus primos, se les robó la ropa y a partir de esto decidió vestir “diferente”, aunque sabía que a la sociedad no le gustaría para nada, y que la gente la rechazaría mucho. No le importó. Se vestía, se peinaba y se miraba al espejo sintiéndose e identificándose como él.

Un día llegó a casa y le preguntó a su madre:

— ¿Cómo me veo?

Su madre la regañó y la mandó a cambiar. Allí empezó una discusión.

— Pero mamá, a mí me gusta...

— No, no te puedes vestir de hombre, eres mujer y eso no lo puedes cambiar. Yo lo hago porque ya soy grande y sé tomar decisiones, tú no —respondió su madre.

— ¿Por qué no? ¿Cómo sabes que yo no sé tomar decisiones?

— Yo también fui así, por eso te digo que...

— No todo es igual mamá, no todo es lo mismo.

Kenshi salió corriendo y entró a su habitación llorando, maldijo haber nacido mujer. Miró sus muñecas, sus vestidos, su habitación rosa, que pensó que mejor podría ser azul, tener carritos y balones. Salió de la casa y miró una mujer hermosa, con unos ojos cafés que brillaban con sus cabellos del mismo color. De pronto, esta mujer tropezó y Kenshi la agarró de un brazo evitando la caída. Empezaron a hablar y tiempo después iniciaron una relación.

Al enterarse de esto, su madre dejó a su pareja. Pensó que era un mal ejemplo, pero Kenshi, nombre que le gustaba, ya no quería ser más Leidy, que era su nombre verdadero.

Eso pasó hace mucho tiempo, en esta historia de cuatro mujeres, las madres de Kenshi, ella y su novia, que se relata para quien quiera recibirla.

Pensamientos:

En un cuerpo equivocado soñando poderlo cambiar.

No somos lesbianas, gays, transexuales, bisexuales, hetero, etc. Solo somos personas que sentimos y nos podemos enamorar de una persona equis.

¡La diversidad no es un delito, la homofobia sí!

Por
Tatiana Cruz
(Idipron, El Restrepo)

Ese día estaba en la casa haciendo los oficios domésticos cuando me llamó una “socia”:

— ¡Hola!, ¿qué va a hacer hoy sábado?

— ¡Nada, porque no tengo plata! — le respondí.

— ¡Breves, yo le gasto la farra (rumba), pero en la “Ele”! — Me expresó ella.

— ¡Breves, entonces la llamo más tarde!

Al rato la llamé y le comenté que iba para su casa. Me fui con el cabello suelto, vestida con una falda y blusa escotada.

Llegamos a la “Ele” — un lugar que queda cerca al barrio Santafé, en el centro de Bogotá— y empezamos a bailar. La música era variada entre electrónica, reguetón, rap. Al rato llegó Stiven con otros “socios”. Uno de ellos sacó a bailar a mi “socia” y Stiven me sacó a mí. Me decía que yo bailaba rico, lo que hizo que me sonrojara. Él era bajito, gordito y moreno. Vestía pantalones y camisas anchas, y zapatos finos; asimismo, usaba cachucha. Le gustaba mucho la *vareta* (marihuana).

El lugar estaba copado de gente, y en especial, de muchachos lindos. Yo sentía mucho calor.

Parte de la gente consumía vareta y bazuco.

Llegué a mi casa el domingo luego de la farra y me acosté a dormir con mi hermana. Al día siguiente desperté y me puse hacer oficios.

Una semana después me llamó Stiven y me dijo que si nos veíamos. Le respondí que sí, pero que viniera hasta mi casa. Al llegar me encontró en pijama, y aunque me sonrojé, lo entré a la habitación de mi mamá, le di un beso y luego se lo presenté. Ella me dijo que estaba mejor que mi anterior novio, le extendió su mano y se hablaron un momento.

Después de esto Stiven y yo nos fuimos para mi habitación. Hablamos de cómo estábamos, cómo nos habíamos portado y lo que hicimos en el baile del sábado anterior. Posteriormente, le dije que me bañaría y él, con gestos en su cara, me dijo:

¡Qué rico, mamita rica, por eso fue que me enamoré de usted, por bonita, cariñosa y amorosa!

Tan pronto estaba lista salimos al parque a comer helado. No sentamos en

una silla y nos besamos. Me decía al oído que yo le gustaba desde el primer día que nos vimos. Le respondí declarándole que yo lo amaba mucho, más que él a mí. Me dijo que no, que él me amaba más y que siempre iba a estar conmigo. Después nos fuimos a almorzar, luego me llevó a la casa y nos despedimos con un beso.

Unas semanas después nos vimos y lo noté raro conmigo. Le pregunté si pasaba algo, y él me respondió muy grosero: “¡Nada... nada!”. Volví a preguntar qué si era que tenía otra *perra* o que si le pasaba algo conmigo ahora. Me respondió con un “breves” y que se iba para la casa. Le dije chao y me puse a llorar, algo que a él no le importó.

Al rato, y como yo tenía dinero, me fui para la “Ele” a consumir drogas sin importarme nada.

Al día siguiente, él me llamó y me pidió que nos viéramos; como yo lo amaba, le contesté que bueno. Nos vimos y me expresó que me tenía que contar algo, lo miré extrañada.

— Perdona lo que voy a decir.

Me preocupé y empecé a llorar.

— ¡Tengo otra chica! — me confesó.

Le di la espalda por unos minutos, pero después pensé bien las cosas y me volteé otra vez. Lo miré a los ojos y le dije:

— Todas esas cosas que me decías, eran pura mentira. ¡Todo eso era falso!

Esto hizo que durara casi un mes consumiendo droga y *farriando* en la “Ele”. Stiven me llamaba, pero no le contestaba. Tiempo después le contesté una llamada y le dije que *breves*, que dejáramos las cosas así y que me dejara de buscar.

Pasaron los meses y alguna vez lo vi con una muchacha, tenían una hija. Pasé por su lado y le grité:

“¡Qué tristeza con todos esos perros hombres!”. Uno muchas veces no tiene que volver a vivir lo que ya vivió. O hacer cosas por un hombre solo por amor. Solo por querer lo que se quiere, sabiendo que se perdió. ¡Lo que por agua viene por agua se va!

Capítulo III

Remembranzas de mi barrio





Los Castañeda y el adobe

A Candelaria Suárez Barrantes
“Arcilla soy, crema de la tierra”
J. A. Gutiérrez

Por
Carlos Latorre
(Biblioteca Pública La Victoria)

Cuando Ricardo Castañeda aclara que sus ausencias son por el adobe, sus compañeros de colegio piensan que es un gomoso de un programa de computador. No saben que adobe también es un bloque de arcilla conocido como ladrillo, que se usaba desde el paleolítico en Babilonia, unos 9000 años antes de Cristo.

Ricardo es aún un niño que estudia en el Colegio La Victoria, en la Localidad de San Cristóbal, en el suroriente de Bogotá. No va todos los días a clase porque a veces en la ladrillera donde trabaja tienen que entregar pedidos urgentes y aprovecha la oportunidad de ganarse algún dinero apilando ladrillos.

Su abuelo se esfuerza porque el nieto conozca la historia del adobe:

— En antes los ranchos se hacían en madera, bahareque o tapia pisada. Yo vide que en esa época el ladrillo se usaba como relleno de las paredes.

— Como un sándwich — dijo Ricardo.

— Así merito — respondió el abuelo.

— ¡Qué horror!, abuelo. No se dice merito — corrigió Ricardo

— Tampoco se dice sándwich, se dice emparedado — contestó enfático el abuelo.

— ¿Eh? Más bien Cuéntame esa historia — dijo Ricardo abriendo los ojos.

— Pu'allá en 1890 llegó a San Cristóbal la primera jábrica de ladrillos.

- ¡Vaya! ¿Y por qué por aquí y no en otra parte?
- Ayudó esta tierrita blanda y arenosa que tiene en sus entrañas la masa para hornear ladrillo.
- ¿Cuál masa, abuelo? No estamos hablando de una panadería.
- Pues la arcilla, mijo. — Subió la voz el abuelo, emocionado, y añadió —:
- En 1910 hubo un cambio en el tuste de los arquitectos y les dio por usar el ladrillo no como relleno sino por juera de tuiticas las casas.
- ¡Caramba! ¿Y por qué eso?
- Tal vez por lo barato, humilde, vistoso y fácil de hacer en cantidades.
- ¡Bah! ¿Y tú como sabes eso?
- Llegué a Bogotá en 1966. Tenía diez años. Venía del Alto Nenguá en Cundinamarca, con mis papaes.
- No se dice papaes, se dice papás.
- Como sea — contestó el abuelo. Y continuó con el relato.
- En esa época en San Cristóbal existía La Sidel, Tubos Moore, Gressa, Tubos Vencedor, La Falate y Colcerama.
- ¿Quiénes eran esos? — preguntó Ricardo.
- Eran las grandes jábricas de ladrillo, pero también había los chircales, que eran parchecitos de tierra donde una familia cocinaba para los mayores en hornos chirriquiticos, baldosas, tubos, tejas y ladrillos, pero de manera artesanal.
- ¿Quiénes eran los mayores?
- Pues los dueños de todo — dijo el abuelo con amargura.
- ¿No te gusta acordarte de eso?
- ¡Shhhh! No es eso. Es que tengo un dolor de oídos.

— No se dice óidos, abuelo, se dice oídos — corrigió Ricardo.

— Mi taita, mi mama, mis tías, mis hermanas y el “susquihabla” trabajamos con el compadre Ceferino, que era el capataz del doctor Gaitán.

— ¡Ah! ¿Quién es el susquihabla?

— El que habla o sea mi persona — dijo el abuelo y continuó con el relato —:

El compadre Ceferino, que era mi padrino, fue el que convenció a mi taita de que del chircal sacaríamos más ganancia que del parchecito en el Alto Nenguá. Al doctor Gaitán apenas lo conocíamos, solo se le veía en época de elecciones. Mandaba amenazar a mis taitas que si no iban a meter el dedo por su candidato, nos iba a dejar en la calle.

— ¿Y qué tal era ese trabajo?

— Mis hermanas de seis años y yo rasguñábamos el espinazo del Cerro La Teta, en busca de la greda o arcilla, con unas picas más grandes que el dijunto. En mitad del lote había una poza amarillenta donde metíamos los pedazos de arcilla para ablandarla. Nos tocaba descalzos porque las botas de caucho en esa época eran escasitas.

— ¿Cuál dijunto? — preguntó Ricardo.— Pues el mismo “susquihabla” — rió el abuelo.

— ¿Las hermanas eran mis tías Avelina y Tránsito?

— Las mismitas — Contestó el abuelo y continuó. A un lado del pozo había un molino para ablandar el barro. Era movido por un flacuchento y negro caballejo al que llamábamos “Nipororoniporplata” y al que queríamos porque debía aburrirse demasadamente, dando vueltas todo el día.

— En la fábrica donde trabajo hay una laminadora para moler y amasar barro.

— En esa época que laminadora ni que laminadora. En las gaveras o moldes metíamos la arcilla húmeda y la compactábamos con una espátula. Se dejaba secar y se retiraba el molde. Haga cuenta como quien hace helados

en cubetas y cuando estaban secos, los encarrábamos uno sobre otro.

— ¡Anda! Y entonces, ¿cómo era un día de trabajo?

— El jornal comenzaba a las cinco de la mañana, tomábamos ague´panela y nos metíamos al agua a ablandar el barro con azadones y palas. Escuchábamos música en un radio Sanyo de pilas Eveready. Recuerdo que se oían las canciones *En dónde está mi saxofón*, *El piojo y la pulga* y *Cartas a Eufemia*, de un cantante mejicano llamado Fernando Rosas.

— Yo a tu edad ya no me acordaría de nada — dijo Ricardo.

— Me estás diciendo viejo o ¿qué? —se enfadó el abuelo pero continuó: como a las diez de la mañana empezábamos a llenar las gaveras. A las doce almorzábamos papas saladas y a veces un pedazo de carne y por la tarde llevábamos los ladrillos secos, que se decían crudos, al horno de carbón. Debíamos evitar que se totiaran por el camino.

— ¡Uf! ¿Todo el día trabajaban?

— No también escuchábamos la radio novela, *Simplemente María*. En esa época no había más — respondió el abuelo. Y prosiguió con la narración:

— Mis hermanas menores se echaban a la espalda tres ladrillos, mis tías entre nueve y doce y mi papá hasta dieciséis; yo alcanzaba a ocho. Cargando el horno nos demorábamos de tres a cuatro semanas y en la cocina del ladrillo, como mes y medio.

— ¿No se enfermaban de tanto trabajar?

— Por supuesto. Lo que más nos daba era tos. Para eso tomábamos un jarabe que se llamaba *Baltisicol Compuesto* o íbamos al puesto de salud del 20 de Julio, porque nos hacía daño la humedad y el humo negro de los buitrones o chimeneas. Eran muchos los finaítos por intoxicación, porque los ranchos donde vivíamos estaban cerca a los hornos.

— Nunca me habías contado eso — dijo Ricardo.

— Por esa época murió mi hermanito Luis Fernando, que todavía gateaba y que le gustaba comer greda —continuó el abuelo—. Garlaban que mamá

no le daba de comer, pero un doctor en medicina nos aclaró que no tenía nada que ver con eso, sino que la arcilla podía ser de alimento.

— Eso si no me lo creo, abuelo. La greda debe saber asqueroso — afirmó Ricardo, haciendo una mueca de desagrado.

— Asina dicen — rió el abuelo.

— ¿Y qué tal era la paga?

— Esa era la peor parte. En realidad de verdad, a veces ganábamos pa' comer, otras no. Cuando hacía mucho invierno no se podía cocinar ladrillos y cuando hacía mucho verano tampoco, porque se secaba el pozo y no teníamos agua para ablandar la arcilla. El doctor Gaitán nos prestaba mientras tanto y como le debíamos tanto terminó por cumplir con la amenaza y nos echó del chircal.

— ¡Uy! ¿Entonces qué hicieron, abuelo?

— Yo me fui a trabajar en una ladrillera en Montebello en los Altos de San Blas donde al cabo de los años me pensioné y Avelina y Tránsito trabajaron en la Vidriera de Colombia. Con el tiempo compramos la casa aquí en San Vicente donde nacieron Augusto y Olga mis muchachos.

— Mi papá y mi tía — dijo Ricardo.

— Los mismitos — dijo el abuelo y continuó —: como sabes, tu papá trabaja en Itagüí en Ladrillos San Cristóbal.

— Sí, y viene muy poco a verme.

— Ya vendrá más seguido, mijo. No sea tan exigente. Tenga pacencia y estudie en vez de trabajar. Mire que eso no le conviene. Viene Bienestar Jamiliar y me lo quita y yo p'onde cojo sin sumercé. Los muchachos no deben trabajar. Haga más bien una carrera profesional pero sobre todo nunca olvide, mijo, que todos venimos del remilgao, sabroso y bendito barro.

Ricardo hizo silencio y pensó en las palabras del abuelo. La historia que le acababa de contar su abuelo lo hizo sentir más cerca del mundo de sus mayores.

¡Boom!

Por
Anyi Camacho
(Biblioteca Pública La Victoria)

La experiencia de las unidades de quemados indica
que gran parte de los quemados por cocinol
proviene de las laderas surorientales de Bogotá.
El Tiempo, 29 de noviembre de 1993

— “Álvaro, ¿se durmió o qué? ¡Nos fuimos! — gritó mi abuela, quien tenía afán por ir a comprar cocinol, la gasolina azul que, como ella lo decía, era “vital para meter al buche” algo de sopa de arroz, plátano, papa, ¡y si era domingo y mi abuelo estaba de buenas pulgas!, gallina.

Sí, qué delicioso cuchuco de maíz les esperaba en la tarde cuando llegara el cocinol. Así que mi abuela tomó dos galones vacíos, uno se lo dio a mi tío Álvaro y otro a mi tío Julio, quien recién había terminado de matar una mariposa negra que se hallaba en el árbol de durazno de la huerta adyacente a la casa, para luego meterla en una de las páginas del cuaderno de español de mi madre.

— “¡Misión cumplida!” — Le susurró mi tío Julio a mi tío Álvaro antes de partir.

Y ansiosos de ver la cara de mi madre, se fueron con más energía de la común. Al voltear la esquina, casi a punto de llegar, mi abuela lanzó un gran suspiro lleno de satisfacción al notar que la fila era suficiente y podría alcanzar a comprar la gasolina, sin la preocupación de la última vez, cuando por un instante, no lograron comprarla.

Diez, treinta, sesenta, cien... ¡cuán grandes eran las filas para tal propósito!

Mi abuela me cuenta que la gente se alborotaba mucho allí, pues a veces la atención se hacía lenta y, por ello, en ocasiones se escuchaba el anuncio de “sean pacientes, estén al tanto de cuándo volveremos”, lo que implicaba tener que esperar hasta el próximo mes para comprar la gasolina.

Gracias a Dios mi abuela siempre estaba pendiente de cuando la expendedora tenía nuevos suministros de cocinol, y por tanto nunca le faltó. Orgullosa, me lo cuenta.

Por cierto, ese día en que mis tíos iban a comprar el cocinol, se desplazaban hacia al barrio Columns.

— ¿No es un alivio? — dijo mi tío Julio, quien descargó el galón para descansar un poco en la entrada del barrio La Victoria, estirarse y girar su vista al recorrido, que le había obsequiado un dolor leve de espalda.

— ¿Por qué será que Dios hizo esta montaña tan empinada? — exclamó mi tío Álvaro.

— ¿Es que no va a la escuela o qué? Esto no es una montaña, es un cerro que tiene menos altura que una montaña. Además, qué afortunados somos al poder ver tal vista. Ayer acompañé a mi padre a limpiar un jardín por allá en la calle 75, y a pesar de que uno ve casas más bonitas, no se puede sentar a ver Monserrate tranquilamente. Tampoco es que la gente se digne hacerlo. O ver lo majestuosa que es Bogotá al estar rodeada por el occidente, norte, sur. ¡Aaah!, dos mil seiscientos benditos metros sobre el mar. Y estas montañas que nos abrazan — le recalcó mi tío Julio.

— Sí, es cierto, pero hace mucho frío para estar abrazados — le respondió mi tío Álvaro.

— ¡Aaah!, deje de quejarse, y si tiene tanto frío, pídale un abrazo a Laura.

Por cierto, ella le había terminado.

Mi tío Julio le respondió sin contener la risa, y mi tío Álvaro no hizo más que agarrar el galón y seguir en su camino a casa, pues solo faltaban unas cuantas veinte o treinta cuadras, ¿no?

Después de que mis tíos llegaron mi abuela mandó comprar algunas verduras faltantes en la plaza de mercado de La Victoria, cerca de la quebrada, mientras una de mis tías, como de unos siete u ocho años de edad, ponía el agua en la estufa. No era tan fácil como girar la perilla, encender un fósforo y, ¡qué rica sopa!, no, era algo más complejo. La cuestión es que

mi tía tenía que ser paciente y esperar a que una pequeña llama calentara el tubo por donde pasaba la gasolina antes de que se abriera la llave; de otro modo, esta se derramaría y a la mínima chispa podría explotar, arriesgándose la vida de quien estuviera cocinando, bien fuera de la familia, o incluso los vecinos.

Un día, uno de mis tíos me dijo: “¡Eso no es una estufa, es una bomba!”.

Cuando mi tía, finalmente, hubo hecho esto, abrió la llave del fogón izquierdo y lo encendió. Una llamarada casi le dio en la cara; alguien había dejado derramar el agua de panela sin darse cuenta, y la gasolina que había era suficiente para que se hiciese una llamarada; afortunadamente, mi abuela siempre tenía a mano una ruana o una cobija para apagarla e impedir el boom que en aquellos tiempos se temía al cocinar.

Luego llegó la hora esperada, ¡el almuerzo!, y habiendo terminado, todos continuaron sus tareas diarias.

Posdata: Ruego encarecidamente no poner mariposas muertas en los cuadernos de sus amigos o familiares, llega un tiempo que hasta ver la silueta pintada de una de estas espanta a mi madre. ¡No se imaginan!

¡Una grata sorpresa!

Por
Jader Esteban Deossa Montoya
(Biblioteca Pública La Victoria)

¡Una grata sorpresa! ¿O cómo decirlo mejor? ¡Una sensación de maravilla y asombro!

Eso fue lo que me causó la repentina y sorpresiva vista de algo que no es común en Bogotá, en Colombia y no sé si en el mundo, pero, sobre todo, en un pequeño y escondido barrio llamado San Martín de Loba Sur, que por escondido, por pequeño y descuidado, no es común que se den vistas

como esta, que impresionan. Pero gracias a Dios, en esta ocasión y como un tema de admirar, se observó un concepto nuevo, ¡un panorama fresco y alegre! ¡Vivo o lleno de vida!, como lo fue un jardín en lugar de aquel viejo basurero.

— Esto ocurrió hace unos meses, a mediados del año 2015, quizás entre abril y junio, no me acuerdo. De lo que sí me acuerdo es de la extrañeza que me causó ver ese jardín, en vez del acostumbrado montón de basura en una esquina de la calle, frente a una pequeña iglesia del barrio San Martín sur.

Antes de este, las personas que vivían por allí solían arrojar la basura en este lugar, incluida ropa, colchones, camas, armarios de esos de tiras de plástico, que a veces parecen una casita de colores de estilo ajedrezado. Los perros callejeros escarbaban entre las bolsas de basura buscando desperdicios de comida, para tratar de saciar el hambre de su esquelética figura. Las abrían como si fueran presas destripadas, desperdigando su contenido, y las ratas que merodeaban entre aquellos escombros, asustaban a los niños y mujeres que pasaban cerca.

Hace poco vi a una señora y un señor, quienes tenían en su cabello el gris y el blanco que van dejando las marcas de la edad, observando este jardín y haciendo comentarios. Les pregunté si sabían quién o quiénes habían sido los de la idea, y quería hacerles varias preguntas más, pues se notaba que conocían la historia de aquel lugar, pero como casi siempre ocurre por aquí, solo me permitieron hacerles una o dos preguntas, y luego, no sé si por afán, desdén o desconfianza, en especial la señora, me rehuyeron diciéndome que les preguntara a “los de allí”, señalándome un lugar incierto, y luego partieron de prisa.

Solo supe que ellos vivían hacía más de dos décadas en el barrio y que el problema había empezado diez años antes, más o menos. La gente se había malacostumbrado a arrojar la basura allí, y siempre había sido un inconveniente al que no se le encontraba solución, pues a pesar de lo que se le decía para evitarlo, la gente insistía en seguir acumulando en ese lugar los restos de lo que usaba. El pequeño cerro que se formaba a veces asombraba por su magnitud y los bichos no se hacían esperar.

No pude saber quién o quiénes fueron los de la idea de transformar un espacio que antes era un basurero, en un jardín, pero lo que sí se puede notar allí es la dedicación de quienes tomaron la decisión de cambiar las cosas, modificar un microambiente, crear una atmósfera nueva en este pequeño barrio de Bogotá.

Es algo que para muchos puede hacer reír por su simpleza, pero para quienes saben apreciar, en algo, la naturaleza y el significado de las cosas, es un cambio notable. Algo radicalmente opuesto a la ignorancia, la indiferencia e indolencia que caracterizan a las personas que deciden, por facilidad e inconsciencia, arrojar las basuras en el montón más cercano, o en cualquier parte, contribuyendo, de esa manera, a la contaminación ambiental, a la propagación de enfermedades por el olor putrefacto de estos basureros y a los perros u otros animalejos que escarban entre los desechos.

Ahora, gracias a esas personas, que de manera anónima hacen el cambio, camino por el barrio y cuando paso por aquel jardín, veo una Bogotá más sana, más limpia, más fresca, consciente de su realidad y de que puede cambiar para mejorar. Una Bogotá menos indolente que ha decidido cambiar la indiferencia por actos de conciencia ambiental, estética y civismo, actos que se deberían copiar en Colombia y en todo el mundo.

Todo esto, ¡una grata sorpresa, una sensación de maravilla y asombro, un pequeño gran gesto de cordialidad también con la Pacha Mama, desde un pequeño barrio llamado San Martín!

“Qué perro más raro”

Por
Judith Teresa Restrepo Valencia

(Biblioteca Pública La Victoria)

Un aguacero que desbordó la quebrada La Belleza, ocasionó una avalancha en las localidades de San Cristóbal, Ciudad Bolívar y Tunjuelito, dejando más de 12 barrios inundados, tres muertos, cuatro desaparecidos, familias damnificadas y cerca de mil personas evacuadas.
El Tiempo, mayo 19 de 1994

En esa hermosa mañana de mayo de 1994 y después de amanecer en medio de un torrencial aguacero, el día se había tornado soleado y radiante. Sultán, un labrador color ámbar, que era el perro de la familia Laverde, reposaba en el césped del jardín de la casa, deleitoso, bajo los rayos del sol tibio de las montañas, parecía tan plácido, allí tirado boca arriba con sus cuatro patas recostadas contra la cerca... y con gusto, aquella familia que tanto lo quería, lo observaba desde el interior de la casa y recordando, comentaban con gratitud cómo aquel animal había llegado a su casa. La familia Laverde García había venido desde la región de los Santanderes a principios del año 1980, y por recomendación de su compadre Octavio, el señor Ovidio, jefe de la familia, había adquirido una casa- lote en una urbanización incipiente en plena zona de los Cerros en Altos del Zaque.

Una mañana de domingo, después de una deliciosa y nutritiva changua, la familia decidió visitar al compadre Octavio, al otro lado del cerro, quien había prometido regalarles a los niños uno de los cachorros que había tenido Luna, su mascota.

Emocionados y alegres por la visita de Amalfi, Ovidio y sus pequeños hijos, Octavio y Yolanda, dueños de casa, salieron al encuentro entre muestras de cariño y abrazos; el sol casi rayaba en el cenit y en el patio abierto a la inmensidad del paisaje, ya se veían algunas ollas montadas sobre rústicos fogones de leña que hervían y expedían deliciosos olores a cocina santandereana.

Los niños estaban felices, ahora tenían alguien con quien jugar. Se llamará Sultán, sugirió el hermanito mayor...

Desde ese día, aquel cachorro se convirtió en el compañero de aventuras de los hermanitos Laverde, que poco a poco crecería con ellos. Así, el astuto perro aprendió a jugar pelota, a traer objetos que le lanzaban lejos, a defender a los niños cuando los padres querían castigarlos, a cuidar la casa y a cazar animales dañinos que querían saquear el gallinero.

Ovidio instaló una ferretería en la parte de atrás de su casa, y Amalfi, por su parte, se dedicó a su fábrica de porcelanas de lujo, oficio heredado de su familia, pues ambos anhelaban tener una buena casa, como lo habían soñado desde que se casaron. Ahora tenían dos hijos y otro en camino, ¡aah!, y un perro que se encargaría de ser la compañía para la familia.

Se habían establecido bien en la capital, anotó Ovidio, recordando viejos avatares frente a un álbum de fotografías, que dejaba entrever las amarillentas imágenes desdibujadas por el paso del tiempo, y donde se mostraba una especie de rancho de adobe con tejas de zinc y plástico, en medio del potrero que en nada se parecía a una urbanización, pues ni siquiera un asomo de trazo de calles tenía aquel terreno en la plena ladera. Solo caminos que ellos mismos empezaron a trazar con sus pisadas. Y ni qué decir de los servicios sanitarios, que se limitaban a un zanjón que llevaba los residuos hasta la quebrada Los Laches.

Poco a poco fueron edificando su casa, y las fotos en su viejo álbum daban prueba de un proceso que duró años de ardua tarea y sacrificios, como suele decir Ovidio, hasta haber construido dos pisos y una hermosa terraza, cercada por elegantes balaustres, convirtiendo el lugar en un hermoso mirador, donde acostumbran reunirse en familia para los tradicionales asados de Bogotá, donde juegan rana y toman pola, como suelen llamarle a la cerveza en esta tierra.

— “Estos barrios fueron de invasión — anotó Amalfi —, y en un principio tampoco tuvimos energía. Debíamos cocinar con leña y usar velas, pero nuestra mayor preocupación siempre han sido los deslizamientos que se dan por filtraciones de agua en lo alto del cerro, pues hace unos

veinte años sucedió una inesperada avalancha y nosotros sufrimos una gran pérdida”. Amalfi dejó ver en su rostro /un profundo gesto de preocupación y dolor.

— Unos catorce años más tarde después de haber llegado a los cerros, recuerdan ellos cómo aquel 19 de mayo de 1994 amaneció en medio de un torrencial aguacero, y a eso de las tres de la tarde cayó una granizada tal, que por su furor, logró atemorizarlos; más o menos a las cuatro de la tarde se escuchó un trueno sórdido que retumbó en el cerro y estremeció la tierra. Después se hizo un silencio ensordecedor, no se escuchaba más que las escasas y rezagadas gotas de lluvia sobre el techo de latas de zinc.

— ¡Por fin escampó!, se dijeron ellos. Fueron segundos interminables, pues luego tronó la montaña... con un sonido que jamás habían escuchado: ¡era la avalancha! — Agua, lodo, tierra, palos que en su camino, ladera abajo, solo dejaban a su paso una estela de dolor y muerte... ¡Ah!, y piedras, muchas y enormes piedras, que se han quedado clavadas al piso del paisaje, como fieles testigos de aquella tragedia.

— Era común ver a los jóvenes Laverde, quienes al mejor estilo americano, gustaban salir a la calle después de una granizada a jugar con Sultán, su perro; tomaban los puñados de hielo del suelo, los apretaban, semejando bolas de nieve, y se los lanzaban al animal, que entre graciosas piruetas repelía a los juguetones muchachos, quienes también se los lanzaban entre ellos riendo a carcajadas y esquivando la nieve, encorvando el cuerpo y dando la espalda para recibir los golpes... Pero esa vez fue diferente, el perro no estaba a su lado para los juegos de siempre.

Aquel era un perro viejo, muy viejo, casi ciego y también le gustaba salir después de la granizada a chasquear los trocitos de hielo que quedaban en la calle.

— “¡Perro más raro!” — solía decir la gente al verlo comer con ese gusto, los montículos de granizo.

Pero esa vez el perro no aparecía por ningún lado. Pasadas las seis de la tarde y después de buscar a Sultán por toda la zona de los cerros, Ovidio alcanzó a ver, debajo de una gran piedra, dejada allí por la avalancha,

una pata de perro color ámbar, atascada entre el lodo, y de inmediato sintió un corrientazo de pies a cabeza, un sudor frío bañó su cuerpo.

— “¡No puede ser!” , se dijo para sus adentros.

A Sultán lo había sorprendido la avalancha comiendo los trocitos de hielo que tanto le gustaban.

Mi gran amiga y recuerdo

Por

Nicole Stephany Tique Poveda

(Colegio Príncipe de Paz, B. P. La Victoria)

Vivía en el barrio Santa Rita de la Localidad San Cristóbal, suroriente de Bogotá. Una noche mi familia discutía en la sala de la casa sobre quiénes iban a ser los padrinos de bautismo de mi hermano y yo. Candelaria, mi mamá, dijo que los padrinos deberían ser nuestros tíos, pero de madrinas no sabía, porque tías solo teníamos una.

En ese tiempo mi papá, Gonzalo Tique, estaba en la Junta de Acción Comunal del barrio y esto llevaba a que se reuniera, continuamente, en la casa. En una de esas reuniones conocí a la señora Gloria; cada vez que venía me saludaba y, casi siempre, me traía algo sin yo pedírselo.

Entonces, cuando estábamos hablando sobre el bautismo, les dije a mis padres que yo quería que mi madrina fuera la señora Gloria, quien vivía cinco casas más abajo de la nuestra. Mis padres no me respondieron al instante, solo después de un rato me dijeron que al día siguiente hablaríamos del tema. ¡Yo quedé con la intriga de lo que dirían!

Al otro día, en la mañana, mis padres dijeron que sí y me sentí muy feliz. La señora Gloria llegó esa mañana y lo primero que hicimos fue preguntarle que si aceptaba ser mi madrina, ella aceptó. En ese momento yo no sabía qué hacer y me puse tan contenta que subí rápido, me cambié de

ropa y fui una horita a la casa de ella. Después de un tiempo me devolví para la casa, almorcé, hicimos aseo y después llamamos a mis tíos Francisco y Segundo para a ver si ellos podían ser nuestros padrinos. También aceptaron.

Una semana después mi mamá me hizo levantar muy temprano. Era domingo. Me hizo alistar muy bien. No sabía para qué, y mucho menos un domingo. A eso de las nueve golpearon la puerta y era la señora Gloria; le escuché a mi mamá decir que ya estábamos listas y salimos. Yo estaba inocente de lo que iba a pasar ese día.

Cuando llegamos a la zona de vestidos del barrio El Restrepo comprendí todo. Entramos al primer almacén de vestidos y mi mamá dijo que el dinero lo había dado mi tío Segundo. Todo el día estuvimos paseando de almacén en almacén, hasta que llegamos a uno donde había un vestido con el que la señora Gloria y mi mamá soñaban verme; me lo puse y ellas empezaron a llorar. ¡Yo pienso que fue de la emoción! Después de eso, fuimos a una cafetería y comimos pan de bono y yogur, terminamos y regresamos a la casa.

Pasó la semana y en el colegio les decía a todos que me iban a bautizar. El sábado fuimos a la iglesia del barrio La Gloria donde diligenciamos los documentos.

— **¡El domingo llegó rápido! ¡El gran día!**

Nos alistamos. Esa mañana me vistió la señora Gloria en su casa. La madrina de mi hermano era Angie, la hija de esta señora. Cuando todos estábamos listos fuimos a la peluquería. A Angie y mí se nos demoraron como una hora peinándonos, arreglándonos las uñas. El peinado fue muy lindo, pero lo de las uñas sí fue un poco complicado, porque en ese tiempo me las comía.

Una vez lista de cabeza a pies, la señora Gloria me recogió y nos fuimos para la casa a esperar la hora de la reunión en la iglesia. Antes de irnos, mi hermano y yo nos tomamos la primera foto con Angie. Teníamos que estar en la iglesia a las diez de la mañana.

Entramos a la iglesia, nos sentamos en las sillas que correspondían y con un número que nos ponían en el pecho, empezó la ceremonia. Cuando nos iban a aplicar el agua bendita, y como es costumbre, la señora Gloria me levantó, sentí que me iba a caer, pero bueno, no me importó, aunque sí me dio miedo. Después de esto, y luego de salir de la iglesia, ya no era la señora Gloria, sino mi madrina.

¡Me sentí muy feliz y emocionada!, y cuando llegamos al barrio Santa Rita hicimos una fiesta en la casa con todos mis familiares. Ese día fue maravilloso, aunque también pesado porque desde la mañana estaba despierta, así que estaba muy cansada.

¡Menos mal se acabó todo muy rápido!, y lo que más me gustó fue la comida, porque era lechona.

¡Ja, ja, ja! Lo más gracioso fue que, a pesar de mi corta edad, me alcancé a comer dos platos de lechona! Mi mamá y mi madrina apenas me miraban y se reían de mí cuando me vieron comer con esas ganas.

Al otro día nos levantamos tarde, como las doce, y empezamos a destapar todos los regalos que nos habían dado la noche anterior. El que más me gustó fue un peluche, porque era todo orejón.

El 15 de abril de 2009, cuando cumplí los siete años, mi madrina me llevó a El Restrepo a abrirme los orificios de la orejas porque quería ponerme aretes, ¡para mí son muy lindos! Esa fue la primera vez que salí de la casa sin mis padres, iba nerviosa, pero no por haber salido sin ellos, sino porque la madrina me dijo que eso dolía. Cuando llegamos al sitio donde hacían eso, me puse aún más nerviosa.

¡Ja, ja, ja!, mi madrina se reía de ver la cara que puse, y cuando dispararon la pistola con que abren los orificios, hice un gesto tan raro que la señora que me los abrió y mi madrina se rieron aún más.

A pesar del dolor que sentía, salí contenta, y cuando llegué a la casa, mis padres y mi madrina querían hablar conmigo, yo me intrigué. Me sentaron en la silla, ¡eso parecía como un juicio! Empezamos a hablar y, en un momento de la charla, me contaron que mi madrina, la señora Gloria,

tenía cáncer de seno. ¡Mi cara de *ponqué* se arruinó! y me puse triste. Ellas se pusieron a llorar y mi papá me preguntó qué opinaba yo de eso. No supe decir nada, en mi mente solo me preguntaba: **¿por qué Diosito, por qué?**

Ese año lo pasó bien, aunque le dieron malestares, pero fue lo normal.

Ella era una señora muy religiosa, creyente en Dios. Era católica y creía en vírgenes, y mi familia y yo somos cristianos. Esto no representó nada en la relación que teníamos con la señora Gloria. Con permiso de mis padres salíamos a misa con ella cada domingo.

En la Semana Santa del año 2010 me invitó a la ceremonia que hace la Iglesia católica. Lo más bonito era que ella se sentía orgullosa cuando me presentaba ante sus amigas de la iglesia, la gente que apoya y que está pendiente del traje del padre y de las ofrendas. Todo fue súper porque en la capilla hicieron la celebración con niños.

Ese mismo año, como en el mes de mayo, mi madrina decayó totalmente del cáncer. Solo se movía para asistir a las quimioterapias y no había quién la acompañara; Angie estaba en el colegio y su esposo trabajaba y no sacaba tiempo para ir con ella. Varias veces en el bus se mareaba y vomitaba por tanto químico que le inyectaban. Perdió el cabello y les tocó quitarle el seno infectado; esto hizo que tuviera una mejoría en el mes de junio, pero volvió a decaer, pareció como si la cirugía hubiese llevado a que el mal se le regara por todo su cuerpo.

Los doctores decían que ya le quedaba poco tiempo, que ya no había nada que hacer; aun así, ella iba a las quimioterapias. Hasta que no pudo más y se postró en la cama.

En el mes de septiembre tenía una tos muy fea. Como el cáncer se le había regado, le cogió los pulmones y parte del hígado. La hija lidiaba con ella cuando llegaba del colegio y yo lo hacía de vez en cuando. La visitaba con el permiso de mi mamá.

Un día se sentó en la cama y me empezó a arreglar las uñas, y para distraernos, yo empecé a hablar, hablar y hablar, no paraba de hablar, hasta

que ella me dijo: “Nicolita, no te vuelvas a comer las uñas porque si llegas así a grande se te ven las manos feitas”. La escuché y le hice la promesa de que nunca me las iba a comer.

Como a principios de agosto se puso peor, se veía muy pálida, y se adelgazó muy feo, se le veían solo los huesitos, me daba como nervios mirarla, y ver su cara me entristecía mucho porque ella era muy alegre y viva, y verla así, me impresionaba. Pero bueno, yo iba a verla así.

Un sábado me alisté y fui a visitarla, me senté al lado y ella casi no podía hablar, estaba muy mal, cada vez que la miraba me daba tristeza. Ese día me quedé callada, no podía hablar. Ella se quedó dormida, bajé a la sala y miramos una película con Angie. Al rato mi madrina despertó y fuimos con Angie a la habitación donde estaba. Llegó la noche tan rápido que quería quedarme con ella; ese fue el día más largo que pasé en aquella casa.

Esa noche mi papá fue y me recogió, y cuando llegué a la casa, nos miramos y yo me puse a llorar; él me abrazó y me dijo que tranquila, que ella se iba a poner bien.

Esa noche me acosté con mis padres, pero antes de subir a acostarnos, el esposo de mi madrina golpeó la puerta para que le prestáramos el teléfono porque mi madrina se había agravado. Llamó la ambulancia — en mi mente pasaban miles de cosas —, mi mamá me llevó a dormir y no supe más. Según lo que me dijo mi papá, el paramédico se la había llevado en la ambulancia.

Esa noche llovió muy fuerte, tanto que las líneas del teléfono del barrio se dañaron. Las enfermeras dijeron que mi madrina empezó a llamar al esposo también a mi casa, pero que no le contestaron.

Al otro día mi papá subió y me empezó a llamar:

— “¡**Nicole, Nico**, levántate, te voy a decir algo!”.

Me levanté y me dijo que mi madrina había muerto en la noche. Yo lo miré y me puse a llorar. Lloré tanto que los ojos se me hincharon, y cuando fuimos al Hospital San Rafael, todo era muy raro, creía que esto era un sueño, que era mentira. No entendía nada. Para mí nunca pasó eso,

pero bueno, era real. Bajamos a la morgue y los únicos que la vieron así, en esa “bandeja” fueron Angie y don Hernando el esposo. Yo quería ver pero no me dejaron.

Cuando la sacaron de la morgue, como en una especie de bolsa verde, no me pude acercar, me pasó un escalofrío por todo el cuerpo y quedé no-queada, no pude ni hablar ni llorar. Se la llevaron en el carro fúnebre y dijeron que teníamos que llevarle ropa para arreglarla. Nos devolvimos para la casa y en todo el camino no dije nada.

Cuando llegamos, mi mamá y Angie alistaron la ropa y la metieron en una bolsa, y otra vez salimos directo a la morgue. La vistieron y se la llevaron para la funeraria. La velación fue en la noche y cuando llegamos allá, empecé a temblar. Al principio no pude acercarme al ataúd, y cuando al fin lo logré, la miré, pero no solté ni una lágrima, no pude, y después no me quería separar del lado de ese *cajón*.

Al día siguiente la sacaron para llevarla al Cementerio Central en el centro de Bogotá. Después de que la enterraron tampoco pude soltar una lágrima, pero cuando llegué a la casa, lloré y no sé por qué, todo fue tan raro esos días, no entendía nada, pero bueno, llegué a comprender todo. Lo único que me quedó de mi madrina fue una foto y los regalos que me daba cada diciembre. ¡De recuerdo, los aretes! ¡Y de promesa, lo de las uñas! ¡Por eso es que ya no me las como! ¡Ella fue en mi vida una persona muy especial, y así haya durado muy poco tiempo, llegué a quererla mucho!

Un despertar de dolor

Por

Santiago Aldana Valbuena

(Colegio Príncipe de Paz. B. P. La Victoria)

Al despertar a eso de las ocho de la mañana, de ese 21 de diciembre del año 2013, oí el llanto de mi madre y, rápidamente, salí de mi cuarto a ver

qué pasaba. Entré a la habitación y estaban mi madre, mi padre y mi tía sentados en la cama.

— ¿Qué ha sucedido? — pregunté.

Hubo un silencio; luego, mi tía suspiró, me abrazó y me dijo:

— Tu tío Simón ha fallecido.

Cerré mis ojos y solté las lágrimas.

— Pero, ¿qué le pasó? Él era una persona muy tranquila y no tenía problemas con nadie — expresé.

Mi madre no quiso dar respuesta de lo sucedido. De repente sonó el teléfono y mi madre contestó:

—Aló, ¿con quién hablo?

— ¡Hablas con tu madre, hija, necesito que vengas rápidamente a la casa!

— ¿Qué ha pasado?

— Ven a la casa y te lo cuento todo. Listo madre, enseguida salgo.

Pregunté a mi madre con quién hablaba y me respondió que era mi abuela, que quería que ella fuera a su casa.

Mi madre se dirigió rápido al baño, luego se vistió y salió con mi padre en el auto. Yo me quedé en mi cuarto mirando unas pequeñas fotos de mi tío, que tenía guardadas en un sobre de manila. En la noche llegaron mis padres y pregunté:

— “¿Qué te dijeron, madre?”.

Ella no quiso hablar de nada, mientras mi padre la acompañaba en esos momentos de tristeza. Esa noche *no pegué el ojo* ni un momento, tan solo como a las cuatro y treinta de la mañana pude descansar un poco. Al día siguiente, 22 de diciembre, mi madre me despertó:

— Hijo, alístate, tenemos que ir a la funeraria.

— Listo, madre — le respondí.

Me levanté de mi cama y me dirigí al baño. Cepillé mis dientes y entré a la bañera. Salí, me alisté y desayuné acompañado de mi madre, aunque ella no quiso probar bocado:

— Come madre —la invité.

— ¡No quiero!, come tú tranquilo — me respondió con un tono de voz quebrantada.

Al terminar de desayunar nos cepillamos los dientes y nos dirigimos a la funeraria.

Al llegar a este sitio vi a mi abuela y a mis tíos muy tristes. Entré, saludé a todos y me senté al lado de mi abuela; la abracé fuertemente y le dije:

— “¡Abuelita, sé muy fuerte y sal adelante!, ¡estos son obstáculos que pone Dios en la vida!”.

Ella no contestó nada y me dirigí hacia el ataúd. Miré a mi tío y empecé a llorar en voz baja.

Luego de dos días de velación de mi tío Simón, el 24 de diciembre fue el día de su entierro, ¡día en que nos despedimos de él!

A eso de las dos de la tarde nos dirigimos a la iglesia Nuestra Señora de la Candelaria de la Localidad de Ciudad Bolívar, sur de Bogotá, donde celebramos la misa de mi tío. Y a las tres de la tarde salimos para el *Cementerio Apogeo* en la Autopista Sur. Mi abuela despidió a su hijo con mucho dolor, pero a la vez tomó fuerza para seguir adelante; ese día, después del entierro, nos dirigimos a la casa de mi abuela y celebramos una Navidad en memoria de mi tío Simón.

Un golpe a la vida

Por
Sebastián Pinzón

Ese día 19 de julio del año 2015 estaba nublado y oscuro. Transitaba una pareja por la Avenida Caracas de la ciudad de Bogotá. Se les veía y escuchaba discutir sobre los pasajes para llegar a su casa. Él, de nombre Cristian Gómez, de unos treinta años de edad, de aspecto duro y serio. Ella, de nombre Adriana Escobar, de veintisiete años, alegre y tierna.

A eso de las siete de la mañana hallaron la solución a su problema de transporte: colarse por las puertas de una de las estaciones de Transmilenio, ¡arriesgando sus vidas por tan solo mil ochocientos pesos! ¡Era un acto de inconsciencia!

Se dispusieron a cruzar la calle, sin percatarse de que el semáforo estaba en verde para los carros, y que un señor, vendedor ambulante, les gritó ¡alto, alto... no crucen!, debido a la alta velocidad con que transitaban los carros.

Sin haber escuchado los gritos por el ruido de las bocinas, cruzaron. Un camión mezclador de cemento les tapó la vista, y cuando solo les faltaban unos metros para terminar de cruzar, Cristian se dio cuenta de un vehículo que los iba a impactar y lo único que pudo hacer fue empujar a su mujer hacia las franjas de las puertas de la estación, siendo arrollado y golpeado en la parte superior de su cuerpo, mientras Adriana, su mujer, caía al piso con un golpe del parabrisas del carro en el brazo derecho.

A las siete y ocho minutos de la mañana la policía hacía los controles del caso y esperaba la llegada de la ambulancia. La gente observaba con curiosidad y angustia, mientras Cristian se encontraba en el suelo con dos costillas rotas y el rostro totalmente desfigurado. Adriana, entre llanto y dolor, lamentaba haber cruzado la calle sin mirar, al tiempo que, con su brazo descolgado y sin poder moverlo, llamaba a su familia para darle la noticia...

— “Ring, ring, ring”, sonó el teléfono.

Tras saludar a su mamá, Adriana le dio la noticia. Todo se tornó oscuro y en silencio.

Al llegar, la ambulancia los atendió y luego los llevó al Hospital San Rafael. A las siete y treinta fueron atendidos por urgencias. Al cabo de un largo rato, Adriana se despertó con mucho dolor, ya que había pasado el efecto de la anestesia. Irritada, preguntó por su esposo, pero los médicos no le dieron razón alguna sobre él. Se echó a llorar.

Por su estado, a su esposo lo tenían en cuidados intensivos. En segundos, y sin dar tregua a los médicos que intentaban reanimarlo, su corazón se detuvo. Cristian Gómez, de treinta años, no resistió la reanimación y el 19 de julio a las siete y treinta y cinco falleció. Los médicos taparon su cuerpo y llamaron para llevarlo a la morgue.

A las ocho de la mañana, al finalizar con éxito la operación del brazo derecho de Adriana Escobar, los médicos le dieron la noticia de su esposo; ella cayó en llanto, dolor y depresión, a tal punto que los médicos le asignaron un psicólogo.

Su hijo, Jhon Gómez, un niño de tan solo seis años, quien ese día estaba siendo cuidado por su abuela, doña Mercedes, una mujer noble y humilde de setenta y cinco años, le preguntaba sin cesar sobre su papá. Esta, con mucho dolor y angustia, le dio la noticia de su padre, y el niño, con un llanto profundo y sintiendo que se partía su corazoncito, se lanzó a los brazos de su abuela gritando:

— “¿Por qué, por qué, por qué...?”.

Al llegar por la noche a su casa, con el brazo vendado, golpeó la puerta.

— “¿Quién es?”, preguntaron desde adentro. Al entrar pudo ver los rostros agachados y deprimidos de su hijo y de su mamá.

Seis meses después, Adriana y su hijo Jhon se encontraban mejor, tranquilos, pero recordando los tristes y alegres momentos con su padre. Jhon, luego de recibir ayuda psicológica, se repuso.

Se termina esta triste historia, la cual se escribió en homenaje a Adriana y a su hijo Jhon.

Capítulo IV

Memoria, olvido y comienzo





Por
Liliana Urbano
(Benposta. B. P. La Peña)

Tengo diecisiete años. Hoy, 27 de agosto, está de cumpleaños una persona muy especial para mí, mi hermana. Por eso estoy contenta, y también por mi madre, la mujer que siempre ha luchado por nosotras.

Esta historia es muy triste. Trata sobre la muerte de mi padre, ¡ese hombre!...

Todo empezó cuando mi madre y mi padre, ambos muy jóvenes, tomaron la decisión de irse a vivir juntos, ¡un gran paso! Mi madre tenía solo dieciséis años y se les escapó a mis abuelos, en fin, una cosa de adolescentes. ¡Pero mi historia no trata de romance!

La muerte de mi padre ha marcado mucho mi vida. Ha quitado un poco la sonrisa de mi rostro.

Miguel Urbano, mi padre, era un hombre muy simpático; conocido en la vereda Bajo Mondeyal Isnos en Huila. Le gustaba un poco mi prima, quien vivía al frente de nuestra casa.

Con el tiempo empezó un romance con ella, algo que mi madre nunca se imaginó. Hasta que un día, en un bazar de una vereda llamada El Salto, mi padre tuvo una fuerte discusión con el novio de mi prima porque este se había dado cuenta de que le coqueteaba a ella. En medio de la discusión se amenazaron de muerte, lo que mi padre no tomó muy en serio.

Pasó un tiempo, mi madre se dio por enterada de aquel acto de mi padre, pero nunca lo discutió porque no le dio importancia. Una tarde, cuando yo solo tenía un año y mi hermana seis, él llegó del trabajo y como siempre lo hacía, se puso a consentirme y acariciarme, mientras reposaba un poco. Luego se fue a bañar.

Pero, ¡esa tarde oscura!... cuando salió de la habitación al baño, sonaron tres disparos. Mi madre se encontraba en la cocina preparándome la colada y salió a ver qué pasaba. Encontró a mi padre en el suelo, y llorando gritó desesperada sin saber qué hacer. Mas los disparos se oyeron

en toda la vereda y se observó a los vecinos preocupados por saber qué había pasado.

Desde ese momento nuestras vidas cambiaron por completo. Esto nos dejó muy dolidas y tristes. Mi hermana, que era muy apegada a mi padre, se enfermó y estuvo hospitalizada; asimismo, dejó de estudiar por un tiempo. Luego se la llevaron para Nariño. Mi madre se quedó conmigo y se puso a trabajar en una vereda.

¡Esto es muy difícil de contar! ¡Lo escribo con unas pequeñas gotas de lágrimas por mi rostro!, ¡siento una tristeza inmensa saber que no tengo a mi padre como los demás!, ¡y no todos quienes lo tienen, lo valoran!, pero, con el tiempo, se darán cuenta de la importancia de tener un padre, así como a una gran familia.

Pasaron los años; mi madre tomó la decisión de irse a trabajar a Bogotá, desde donde nos enviaba dinero para el sustento de mi hermana y yo, que nos quedamos con una tía y mi abuela, mientras seguíamos los estudios escolares en la vereda.

Un día, mi madre nos dijo que quería estar al lado de nosotras y que nos fuéramos para Bogotá. A pesar de que no quería salir del campo — ¡es muy bonito!— y quería ser una mujer verraca y trabajadora, ella nos giró el dinero y partimos rumbo a la capital. Allí nos quedamos con una tía, al tiempo que mi madre empezó a buscarnos cupo para estudiar.

Mi hermana ingresó a la Comunidad Benposta, donde no me quisieron recibir porque no se admiten hermanos. Por su rendimiento y empeño fue promovida de grado. Luego de graduarse estudió Administración de Empresas. Cuenta hoy con veintiún años, lo que me tiene muy, pero muy contenta al saber que ya es una mujer hecha y derecha. Se graduó como profesional y ayuda a la comunidad. ¡Presta una gran ayuda social!

En cuanto a mí, como no había otra opción, mi madre me matriculó en un colegio en Soacha. Sin embargo, a mitad de año me recibieron, por fin, en Benposta, con ciertas condiciones y reglas. Mi tía y una prima cuidaban de mí.

Mi madre, por su parte, ha venido trabajando como empleada interna en casas, con la intención de brindarnos bienestar. ¡Ha sido una gran mujer!, que ha luchado mucho. Nos ha formado como personas de bien para la comunidad, algo de lo que estoy muy agradecida. Ahora me encuentro en grado once y estoy muy emocionada y con ganas de graduarme; seguir estudiando y salir adelante. Gracias a la ayuda de mis padres nosotras hemos salido adelante, hemos logrado ser grandes personas, ¡y no hay día que no recuerde a mi padre! A veces me pregunto: ¿dónde estuviera yo si mi padre no hubiera muerto?

¡Mi historia!, ¡triste historia!, termina aquí; mientras, seguiré estudiando para ser una gran filóloga.

Por
Luis Guillermo Díaz
(Benposta. B. P. La Peña)

Su familia era humilde; él, en plena etapa de juventud, comenzó a acompañarse de malas amistades, así que sus padres lo llevaron a estudiar al Colegio Las Américas, ubicado en la Localidad de Kennedy, en Bogotá.

El horario de estudio era de seis de la mañana a una de la tarde. A pesar de que el joven cumplía con el horario, no sabían sus padres que su hijo estaba consumiendo *vicio* con algunos compañeros de clases.

Después de un tiempo, el joven se había vuelto tan adicto que sus padres tuvieron que sacarlo de estudiar, lo que al joven le importó poco. Asimismo, ya no aguantaban su comportamiento, ¡era pésimo!, a tal punto que decidieron enviarlo para donde un tío.

Después de unos días de estar allá, el tío le dijo que no fuera a hacer cosas que a él lo molestaran, pero más que todo, que dejara de consumir *vicio*, que era lo más feo que él podía tener. Pero al joven esas palabras no le importaron.

Esto sucedía en los años en que Álvaro Uribe Vélez era presidente de Colombia, y los paramilitares le estaban poniendo cuidado al muchacho para asesinarlo.

Después de unos días de estar viviendo donde su tío, decidió irse para que no supieran lo que hacía. Ya estaba muy avanzado en las drogas y su cuerpo le pedía cada vez más.

Luego de un par de años, el joven se encontraba perdido en el vicio, de tanta cosa que había consumido. No sabía qué hacer. Lo único que se le ocurría era robar para poder comprar lo que el cuerpo le pedía. Se fue a vivir debajo de un puente y nadie de su familia sabía lo que estaba pasando con el muchacho y dónde se encontraba.

Al cabo de unos meses su señora madre se encontró una amiga con quien entabló una conversación. De pronto, esta le exclamó:

— ¡Yo sé dónde está tu hijo! ¿Qué me ofreces a cambio de decírtelo?

— Te doy lo que quieras, pero dime ¿dónde está mi hijo?

La señora le dijo que se encontraba en “tal parte”, así que la mamá del muchacho le informó a su esposo. De inmediato, los dos se fueron para ese lugar. Al llegar no pudieron encontrarlo. Luego de un rato, el padre del joven dijo:

— “¡Echaré un vistazo debajo del puente, a ver si está por ahí!

Hasta que lo encontraron y miraron que estaba en una casita de cartón, periódico y plástico hecha por él mismo. Ellos lo cogieron y se lo llevaron para la casa con la intención de ingresarlo a un centro de rehabilitación. Pero al cabo de tres semanas desapareció de la casa.

Meses después se dieron cuenta de que había llegado un carro al frente de la casa, que les dejó una bolsa al frente de la puerta. Los padres la abrieron para saber qué era, y se dieron cuenta que se trataba del cadáver de su hijo, con un letrero en la frente que decía:

— “Esto les pasa a todos los ladrones y mariguaneros”.

La mamá del muchacho se volvió loca al saber todo lo que había pasado con su hijo, mientras el papá se mató de sobredosis por sentirse culpable de lo sucedido al joven.

¡Para las mujeres descuidadas, puesto que hay que cuidar a sus hijos para que no les suceda lo mismo!

Un suspiro de venganza

Por
Jean Carlos Sánchez Pérez (Fénix)

(Benposta. B. P. La Peña)

Todo comenzó una tarde nublada en un pueblo llamado Las Mercedes. Está rodeado por montañas y atravesado por dos ríos de aguas cristalinas.

En los años 2001 y 2002 los paramilitares estaban haciendo destrozos allí, pues según ellos, “todo campesino era guerrillero”, y mandaban matar a cualquiera de ellos que se les “atravesara”.

El 17 de febrero de 2001 llegaron al pueblo y causaron masacres, destrozos, muertes, violaciones, y reclutaron niños y niñas para sus filas armadas, a quienes ponían de blanco.

El 14 de marzo de 2001, a las tres y treinta de la tarde llegaron a la zona rural donde estaba mi familia y asesinaron a mi abuelo y a mi tío, al frente de mí y de mi familia. Ahí comenzó mi rencor hacia los paramilitares que, con mi edad, cada vez es más y más fuerte.

— “¡Matar o morir!”, me dije a mí mismo.

Tenía diez años y comencé a trabajar con la guerrilla y al pasar del tiempo comencé a subir de nivel dentro de ellos.

Cuando tenía doce años ya estaba uniformado y tenía un frío fusil en mis manos, que hacía un miliciano.

En una oportunidad combatimos durante seis horas con ellos. El resultado del combate fue veinticinco guerrilleros muertos, uno de ellos era un compañero de confianza, y catorce autodefensas muertos, a quienes miré fijamente tirados en el piso, asesinados, y me dije a mí mismo:

— “¡Todo esto es una tontería! ¡Vengarme pero no matar a las personas que le hicieron esto a mi familia!”.

Pasaron algunos años y ya estaba aburrido de estar en el monte, quería libertad. Una organización llamada Acnur ayudó a salir a unos jóvenes de estas filas. Entre ellos estaba yo, ¡uno de los elegidos para ser libre!

Fui sacado de las montañas a pasar a una hermosa comunidad donde tengo todo. Amigos, infancia, educación, un techo donde pasar la noche y un pan de cada día.

Por el momento estoy muy bien, tengo dos superamigos especiales que me han acompañado desde que llegué a Benposta, a quienes cuido mucho: Juana Mahecha, Alejandro Merchán, y una persona que llegó a mi vida como cualquiera otra, pero se transformó en mi todo, es mi novia a quien quiero mucho y me hace muy feliz: Yurleny Giraldo.

¡Y ahora Benposta es mi nuevo hogar!

Los días maravillosos

Por
Geraldine Barrera
(Benposta. B. P. La Peña)

El 13 de septiembre de 1976, en el barrio Los Laches de la Localidad Santa Fe, nació un niño de tez blanca, cabello negro y ojos cafés, cuyos padres fueron Héctor María Barrera y Ana Joaquina Medina. Fue el menor de cuatro hermanos, Norma, Oswaldo, Nohemí y Ana, y por tanto, el más consentido de todos. Mientras su padre trabajaba como constructor, su

madre se dedicaba a coser, trabajos que, como se sabe, no son bien pagos y por ello no alcanzaban para la sostenibilidad de la familia, aunque esto no afectaba la alegría y el amor de la familia.

El niño estudiaba en el Colegio Aulas Colombianas San Luis, donde, aparte de que le gustaba, le iba muy bien. Todas las tardes, después de salir del colegio, se iba a su casa a almorzar, pero en varias ocasiones no encontró qué “echarle a la muela”. Entonces, el niño, acosado por el hambre, saltaba una cerca que dividía su casa de la de enseguida, para tomar un poco de arroz de la olla de los vecinos. Con mucha cautela entraba a la cocina para comerse la *pega del arroz*, pues era una de sus comidas favoritas.

En ese entonces, los carros de la basura no pasaban por el frente de la casa, sino que recogían la basura donde antes era un potrero en el parque del barrio La Peña. El niño se iba para allá llevando las bolsas de basura de sus vecinos, que le pagaban doscientos pesos para el helado. Al llegar al carro buscaba juguetes en la basura — llantas, balones y tenis para jugar microfútbol — ¡porque el fútbol era su pasión desde muy pequeño! Se la pasaba en la calle jugando con lo que se encontraba en el basurero de La Peña.

Siempre le gustó este deporte. Se la pasaba jugando *picaditos* en la mina, en la cancha del paradero y en su *cuadra*, con niños del barrio que luego serían sus mejores amigos, y con quienes, aún, sigue jugando. Doña Ana, su madre, tenía que ir a buscarlo porque pasaba horas, así fuera jugando o viendo jugar, ya que consideraba que con mirar se aprendía, a pesar de que sabía que en su casa le esperaba una *muenda*.

Además de jugar fútbol, se la pasaba jugando con trompos *piquis* y montado en carros encerados que él mismo hacía, para sentir la adrenalina de la competencia y la bulla de sus amigos, puesto que los niños de la *cuadra* utilizaban estos carros para competir por la carretera principal y sentir la emoción de ganar.

Hoy en día tiene treinta y nueve años y no ha dejado de jugar fútbol en torneos del barrio y de “repelar” en las ollas de arroz.

Ese niño, que se la pasaba en la calle jugando, hoy en día es mi papá y es una de las personas que aprecio y quiero mucho, y que no sé cómo agradecerle todo lo que ha hecho por mí. Él sabe que es muy importante en mi vida porque es a quien le cuento mis cosas. De él aprendo mucho, así me regañe. Pero lo más importante es que es la persona que más me hace reír por los chistes que dice a cada momento.

¡Gracias papá por tanto esfuerzo incansable, por el cariño, por los momentos felices, y gracias por darme tu amor!

Todo es posible

Por
Samuel Durán
(Benposta. B. P. La Peña)

Nací el 16 de febrero de 1998 en la ciudad de Cúcuta, Norte de Santander, aunque he vivido casi toda mi vida en La Gabarra, un corregimiento muy bonito, de grandes talentos pero, desafortunadamente, olvidado por el país, ya que lo consideran muy peligroso por la presencia de guerrilla.

Mi visión siempre ha sido la de estudiar para poder defenderme de la misma sociedad; lastimosamente, allá no puedo hacerlo, porque casi no invierten en la educación, por ello hice todo lo posible para estudiar en la capital.

Eran continuas las noches en que, acostado, reflexionaba sobre mi vida.

A la edad de seis años mis padres se separaron y desde ese momento mi vida empezó a labrarse un camino. Vivíamos en una habitación mi padre, mi hermano — quien tenía la misma edad mía —, y yo.

Mi padre se hizo cargo de nosotros, de nuestro sustento, aunque no todo el tiempo podía acompañarnos, pues trabajaba en una finca lejana. Esto hizo que nos formáramos muy autónomos y criteriosos, y asumiendo res-

ponsabilidades respecto al estudio, los quehaceres domésticos y de alimentación.

Una noche reflexioné sobre nuestra situación y recordé una propuesta que me habían hecho para viajar a Bogotá, la cual, posteriormente, acepté con una gran alegría y a la vez tristeza por el miedo de dejar a mi familia, mi padre y mi hermano, solos en el pueblo y sabiendo que los extrañaría mucho.

En la actualidad me encuentro en la capital en una institución llamada Benposta, donde estudio con mucho entusiasmo para graduarme este año de once y, sea como sea, tratar de ingresar a la universidad.

Me acuerdo de aquella tarde fría en la cual me encontraba un poco solitario, pero lleno de alegría. Esa tarde en la que todo mi pasado se reflejaba en mi mente, con el deseo de una noticia que me diera mucha esperanza para seguir en pie con todo mi sueño.

El llanto de Lucía

Por

Tatiana Moreno

(Benposta. B. P. La Peña)

Era una mañana fría como cualquiera. El cielo estaba nublado. Me dirigía a la escuela, que quedaba en un barrio del sur de Bogotá llamado El Dorado. Era muy bonita, tenía zonas verdes perfectas para jugar en los recesos. Al llegar allí quise saludar a una profesora que conocía hacía tiempo; recuerdo muy bien su nombre: Fanny. En ese momento la vi gritando y quise saber qué le ocurría. Al tiempo, oí llorar a alguien. Era una niña de aproximados cinco años de edad, que por no querer estar en el aula de clase, puesto que, según ella, ¡era un espacio muy frío!, estaba siendo reprendida por la profesora.

Le pregunté por qué lloraba y cuál era su nombre. Ella me respondió que era Lucía y me confirmó que simplemente no quería estar en ese lugar.

Luego de un rato se calmó. A lo lejos se oyó que la llamaban. Era la profesora de nuevo. La pequeña, asustada, preguntó qué pasaba. La profesora solo respondió:

— “Debes ir al salón”. Lucía aceptó.

Yo, por lo pronto, retomé mi camino.

Ese día no estaban algunos maestros; por ello, a eso de las once de la mañana y sin importar el frío que hacía en ese momento, decidí salir a jugar. De pronto, sentí que me tocaron la espalda: era Lucía, llorando de nuevo, así que salí del juego a descansar para poder hablar con ella.

Me contó que la profesora le había expresado que si no le gustaba estudiar se quedara siendo una “burra toda la vida, y que siempre sería una gallina”. Lucía no paraba de llorar. Yo me pregunté asombrada, ¿cómo alguien podía ser tan malo con una persona tan indefensa y pequeña? Pasó un rato hasta que llegó la hora de la salida.

Al día siguiente supe que Lucía había decidido contarles a sus padres lo sucedido en la escuela, pero que no le creyeron nada.

Luego de ese día, lo único que supe de ella fue que se había marchado del barrio y que estaba siguiendo un proceso para no tener miedo a estudiar.

Pasaron algunos años hasta que la volví a ver. Me contó que su proceso duró casi un año, pero que todo lo que vivió le ayudó a superarse a sí misma, que estaba en último año escolar, y aspiraba entrar a una universidad.

Por
Felipe Leyva

(Benposta. B. P. La Peña)

Fue, aproximadamente, en mayo de 2014 que sucedió la muerte de mi querido amigo Chucho.

Yo vivía en el municipio de Puerto Lleras, en el Departamento del Meta; un lugar tranquilo para vivir, pero donde hay épocas duras en las que la policía tiene que estar pendiente, puesto que los grupos paramilitares causan problemas.

Chucho tenía más o menos cuarenta y seis años de edad. Le gustaba mucho el ciclismo, incluso, era muy bueno en las competencias intermunicipales. Además, tenía un taller de bicicletas de todo tipo y estilo.

Yo, que en ese entonces contaba con catorce años de edad, me dedicaba al estudio. Pero me gustaba el ciclo montañismo, y por esta razón me hice amigo de Chucho. Aunque también por otras cosas como el fútbol, y asimismo, porque consideré que no estaría de más comprender algo de la picardía adulta para un chico como yo, falto de experiencia.

Chucho le hacía el mantenimiento a mi bicicleta de montaña. Me gustaba mucho hablar con él, no sé por qué, pero durábamos horas hablando sentados en la tienda de al lado, tomando gaseosita, en compañía del clima cálido de las tardes. Escucharle tantas anécdotas era para mí algo interesante.

Un día como cualquiera él me empezó a hablar de un secreto que tenía que ver con el amor. Esa persona era de un municipio llamado Granada, que queda como a unos cuarenta y cinco minutos de Puerto Lleras. Me contó lo enamorado que estaba de ella. Inicialmente, no me quiso decir su nombre, pero luego de una larga charla lo pude saber: se llamaba Gloria. Según Chucho, era una mujer de unos cuarenta años, incluso me la mostró en una fotografía. Era hermosa a pesar de su edad.

Después de meses de noviazgo con Gloria, él puso a nombre de ella más del sesenta por ciento de los inmuebles y otras pertenencias. Chucho es-

taba cegado por esa mujer, ya casi no hablábamos de bicicletas, sino de ella. Llegó un momento en que yo me sentía fatigado por ese tema. Un día, después de tanta charla sobre ella, le dije:

— “¡Oiga, espere, usted nunca debió poner esas cosas a nombre de ella!, ¡no sea güevón! Además, llevan solo meses de noviazgo, no de casados”.

Él me regañó y me dijo que supuestamente nosotros los jóvenes no sabíamos todavía de amor.

En alguna ocasión, después de un tiempo de que no hablaba con él, me senté a comer pan en la Panadería Primavera, que queda al frente del parque. Hablé con el hijo de Chucho sobre una *tarea de Sociales*. Después, en la tarde, me la pasé jugando microfútbol con unos amigos. Al terminar de jugar, busqué las llaves de la moto para irme a mi casa.

A eso de las siete y treinta de la noche ya me había bañado, cepillado y listo para verme al frente de la discoteca con Jasleidy, una amiga con quien comimos una empanada — ¡me acuerdo tanto de ese momento!— Se acercaba la media noche, tenía un poco de sueño y cansancio por el partido de microfútbol que había jugado en la tarde. En ese momento vi pasar el carro de Chucho que se dirigía hacia el hospital. Su hijo Sneyder iba manejando, mientras gritaba:

— “¡Córranse!, ¡córranse! ¡Llevo a mi papá!”.

Tocaba la bocina del carro como loco. Quedé con la incógnita por saber qué había pasado con Chucho. Me subí en la moto y arranqué con gran angustia hacia el hospital. Al llegar me enteré que le había dado un infarto. No me dejaron verlo, así que salí hacia mi casa muy tarde de la noche y me acosté.

Al día siguiente me levanté temprano, como a las ocho de la mañana, y hablé con Sneyder, quien me dijo llorando:

— “¡No marica!, ¡mi papá se murió a las tres de la mañana!, ¿y ahora qué voy a hacer?”

Me quedé en *shock* al saber que la persona que me había ayudado tan-

to, había muerto, producto de ese amor verdadero que le tenía a Gloria, quien lo había estafado y marchado para siempre, o al menos no se volvió a saber de ella desde entonces.

Sentí un vacío porque esa noche no me dejaron verlo; ahora entiendo que, en ocasiones, el amor solo se siente por el interés personal.

Después de un tiempo me vine a vivir a Bogotá y me hospedé en la Comunidad Benposta “Nación de Muchach@s”, ¡donde estudio para llegar a la felicidad!

Se terminó de imprimir en los talleres de
Gráficas Ducal Ltda.
en diciembre de 2015